

Noviembre 2007 10

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Almudena 2007, en recuerdo vivo y agradecido de Juan Pablo II, Testigo de la Esperanza, en su viaje a España en 1982 0000
- Homilía en la Solemnidad de la Virgen de la Almudena 0000
- ¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo! 0000
- 25 años después del viaje de Juan Pablo II a Santiago de Compostela 0000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 0000
- Defunciones 0000
- Sagradas Órdenes 0000
- Distinciones Pontificias 0000
- Actividades del Sr. Cardenal. Noviembre 2007 0000

COMISIÓN TÉCNICO FINANCIERA

- Realización presupuesto curia diocesana año 2006 0000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Visita Pastoral a la Parroquia de la Virgen del Val 0000
- Llamados a ser Santos en la cotidianidad 0000
- Ordenación de Diáconos 0000
- Décimo aniversario del Seminario Diocesano 0000
- Visita Pastoral a la Parroquia de San Sebastián Mártir 0000
- Otros actos 0000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

• Ordenaciones	0000
• Nombramientos	0000
• Cesos	0000
• Defunciones	0000
• Crónica de la jornada sacerdotal	0000
• Crónica de la IV Asamblea Diocesana de Familias	0000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

• Inauguración del Primer Centenario del Colegio Divina Pastora	0000
• Toma de posesión del nuevo Párroco de San Carlos Borromeo	0000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Nombramientos	0000
• Defunciones	0000

Conferencia Episcopal Española

• XV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	0000
---	------

Iglesia Universal

• Carta Encíclica Spe Salvi del Sumo Pontífice Benedicto XVI	0000
--	------

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXV - Núm. 2794 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

“La Almudena – 2007”, en el recuerdo vivo y agradecido
de Juan Pablo II, Testigo de Esperanza
en su Viaje Apostólico a España de 1982

Madrid, 03 de noviembre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Hace 25 años, precisamente en los días que van desde el 31 de octubre al 9 de noviembre del año 1982, Juan Pablo II, el Papa venido del Oriente a la Iglesia del Vaticano II con un espíritu de renovación auténtica de la Iglesia, apostólicamente vibrante y desbordante de amor a Cristo y al hombre de nuestro tiempo, hacía su primer viaje pastoral a España como “Testigo de Esperanza”. Él mismo nos confesaba en sus emocionadas palabras de saludo al tocar el Aeropuerto de Barajas, y después de besar el suelo español, que “desde los primeros meses de mi elección a la Cátedra de San Pedro pensé con ilusión en un viaje a España, reflexionando incluso sobre la ocasión eclesial propicia para tal visita”. Que no fue otra que el IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, probablemente la española más universal en la historia de la Iglesia y de la historia en general. Inició el Santo Padre su visita pastoral a España en Madrid rindiendo “homenaje a esa extraordinaria figura eclesial, proponiendo de nuevo la validez de su mensaje de fe y humanismo” y atraído por una “historia –la de España– admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia... y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto,

gracias sobre todo a esa sin par actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español”. Esa memoria de la historia católica de España le lleva a Juan Pablo II a proclamar ya desde ese primer momento de su llegada a España: “¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!”. Su viaje lo encomendaba al Apóstol Santiago y lo confiaba a la protección de la Virgen Santísima del Pilar, Patrona de la Hispanidad.

Siguió a continuación una incansable peregrinación por toda la geografía física y espiritual de nuestra Patria a lo largo de diez jornadas agotadoras para el cuerpo, pero de una jubilosa y refrescante frescura, espiritual y humana, para el alma. El Papa, con su entrega generosa a los pastores y fieles de la Iglesia en España, a las consagradas y a los consagrados, a los fieles laicos, con los gestos exquisitamente paternos para con los niños y los jóvenes, los enfermos y los ancianos... con su siempre deferente y respetuosa actitud para con los Reyes y las autoridades, con su disposición al abierto diálogo con el mundo de la ciencia, las artes, los medios de comunicación social, del trabajo y de la cultura en general, a la que acompañaba una manifiesta sintonía ¡verdaderamente clamorosa! con el pueblo, va haciendo realidad, jornada a jornada, el objetivo pastoral y religioso de su viaje: “confortar la esperanza, que es consecuencia de la fe y que ha de abrirnos al optimismo. ¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!”. Lo había dicho al mundo al principio de su pontificado, todavía reciente y probado pronto martirialmente con el atentado del 13 de mayo del año anterior, 1981. Es el mensaje que traía también a España. Y verdaderamente España, la que acababa de iniciar un nuevo camino histórico, marcado por el signo político y cultural del asentamiento definitivo de la reconciliación nacional y de la voluntad común de construir el presente y el futuro acogiendo todo el rico y variado patrimonio de su pasado espiritual y humano y configurándolo con los valores del Estado Democrático de Derecho, que incluían los del mejor humanismo de raíces cristianas,... ¡esa España! vibró de entusiasmo y de esperanza. No es extraño, pues, que cuando el Papa se despide de nosotros en el Aeropuerto de Labacolla de Santiago de Compostela el 9 de noviembre —en Madrid, día de la Virgen de La Almudena—, después de finalizado el Acto Europeísta en la Catedral del Apóstol, exclamase: “Los brazos abiertos del Papa quieren seguir siendo una llamada a la esperanza, una invitación a mirar hacia lo alto, una imploración de paz y de fraterna convivencia entre vosotros. Son los brazos de quien os bendice e invoca sobre vosotros la protección divina, y en un saludo lleno de afecto os dice: ¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!”.

Madrid, la Capital de España, se constituyó en la residencia del Santo Padre y el epicentro de su actividad apostólica en las distintas ciudades y en lugares emblemáticos elegidos a lo largo y a lo ancho del mapa eclesiástico de nuestra patria: Ávila, Alba de Tormes, Salamanca, Guadalupe, Segovia, Toledo, Sevilla, Granada, Loyola, Javier, Zaragoza, Montserrat, Barcelona, Valencia, Santiago de Compostela. En las dos agotadoras jornadas dedicadas totalmente a Madrid, el 2 y 3 de noviembre, el Santo Padre abordó dos de los más graves y acuciantes problemas de la sociedad contemporánea y que se presentan como los retos pastorales más decisivos para la Iglesia del Tercer Milenio: la suerte de la familia, fundada sobre el verdadero matrimonio entre un hombre y una mujer, y el futuro de las nuevas generaciones en el mundo occidental, desarrollado y de herencia cristiana.

La inmensa multitud en la Eucaristía de la Plaza de Colón pudo oír de los labios del Sucesor de Pedro, delante de la imagen de La Almudena, palabras de enérgico e indisimulado profetismo: “cualquier ataque a la indisolubilidad conyugal, a la par que es contrario al proyecto original de Dios, va también contra la dignidad y la verdad del amor conyugal. Se comprende, pues, que el Señor, proclamando una norma válida para todos, enseña que no le es lícito al hombre separar lo que Dios ha unido”; “existe una relación inquebrantable entre el amor conyugal y la transmisión de la vida, en virtud del cual, como enseñó Pablo VI, todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida”; “quien negare la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad”. Asimismo los centenares de miles de jóvenes, concentrados en el Estadio Santiago Bernabéu y en sus alrededores, que recibieron a Juan Pablo II con una cordialidad jubilosa y contagiosa sin precedentes, asentían a su alocución, concebida y expresada para dirigirse y tocar directamente al corazón del joven contemporáneo, aclamándolo con un entusiasmo sorprendente para los escépticos de la sensibilidad cristiana de la juventud española. El Papa les proponía “las Bienaventuranzas”, el programa de Cristo, el amigo que no defrauda, como el programa verdadero para dar auténtico sentido a sus vidas, el único capaz de vencer el mal con el bien.

Han transcurrido ya 25 años de aquel inolvidable acontecimiento de gracia para España y para Madrid. ¿No sería obligado hacer examen eclesial y social de conciencia? ¿Qué hemos hecho de aquél tesoro de doctrina evangélica, de celebración y fiesta litúrgica, de irradiación de humanidad salvada y transida por el amor de

Cristo y de los hermanos, que nos legó Juan Pablo II? El Papa vendría luego cuatro veces más a España. La última a Madrid, con los memorables encuentros de Cuatro Vientos y la Plaza de Colón. La melodía espiritual y apostólica de fondo permaneció inalterable: “España evangelizada, España evangelizadora, ¡ese es el camino!”.

Celebramos a nuestra Patrona, la Virgen de La Almudena, este año 2007, curso pastoral 2007/2008, con “la Misión Joven” en marcha y con el compromiso evangelizador de las familias –¡la familia joven evangeliza a la familia joven!–, con la memoria viva de nuestros 498 mártires de Madrid y de España, beatificados el pasado domingo en Roma, y bajo el lema “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). Estas palabras de la Virgen a los servidores de las Bodas de Caná resuenan hoy para nuestra Iglesia Diocesana como una invitación fuerte a escuchar a Jesucristo, su Hijo, a través del recuerdo agradecido y responsablemente revivido de Juan Pablo II, Testigo de Esperanza, y también de las palabras que su sucesor, Benedicto XVI, dirigía a los jóvenes de Madrid el 9 de agosto pasado en Castelgandolfo:

“Os animo a perseverar en el camino emprendido, dejándoos guiar por vuestros pastores, colaborando con ellos en la apasionante tarea de hacer llegar a vuestros coetáneos la dicha indescriptible de saberse amados por Dios, el amor que nunca falla ni termina”:

¡Feliz y santa Fiesta de la Santísima Virgen de la Almudena para todos los madrileños! ¡Confiamos una vez más a su maternal cuidado todos nuestros enfermos y necesitados de Madrid!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid
en la Solemnidad de Ntra. Sra. de La Almudena

Plaza Mayor 9.XI.2007; 11,00 h.
(Za. 2,14-17; Sal. Jdt. 13, 18bcde.19; Ap. 21,3-5ª; Jn. 19,25-27)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

La “memoria histórica” de la Virgen de La Almudena: memoria del amor maternal de la Madre de Dios para con Madrid. Amor que nunca falló, ni fallará

La Fiesta de Ntra. Sra. la Real de La Almudena nos invita de nuevo a proclamar solemnemente en esta Plaza Mayor de Madrid nuestra devoción y nuestro amor a Ella, nuestra Patrona y Madre. Con las palabras del libro de Judit hemos vuelto a cantarle “¡Tú eres el orgullo de nuestra raza!” ¡Tú eres el orgullo de los católicos madrileños! ¡Tú eres el orgullo del Madrid cristiano siempre abierto al encuentro cordial y generoso con todos los conciudadanos venidos de cualquier rincón de la patria y de más allá de nuestras fronteras, hoy tan numerosos! Sí, la Virgen María, la de La Almudena, enseñó a los cristianos madrileños a lo largo del segundo Milenio de nuestra Era a contribuir a la edificación humana y espiritual de una ciudad y de un pueblo dispuestos a acoger sin reservas egoístas al hombre

hermano con los sentimientos propios del amor cristiano y con el ofrecimiento del testimonio del Evangelio de Jesucristo, Salvador del hombre, fuese cual fuese su procedencia geográfica, social, política, cultural y religiosa.

María, la Madre del Señor, vino a habitar a Madrid con una renovada presencia cuando se deja descubrir –como reza la tradición– en la muralla de la Cuesta de la Vega el 9 de noviembre de 1085. Desde esa fecha histórica Madrid se alegra y goza con Ella que vela, cuida y acompaña con amor maternal a sus hijos madrileños en todas las coyunturas de la vida, las más dolorosas y tristes y las más plenas de esperanza y júbilo. ¡Nunca la Virgen ha abandonado a Madrid en ese largo período histórico de todo un milenio en que emerge y grana, cristiano y libre, siglo a siglo, como un lugar humano y espiritual clave para la historia de España, de Europa y del mundo! Con su presencia quedaba garantizada en medio de Madrid la presencia de su Hijo, Jesucristo, Hijo de Dios, Hijo del hombre –¡el Hijo!– y la influencia perdurable de su Verdad y de su Gracia. Oferta indefectible de la salvación para el hombre en el tiempo y en la eternidad. Con Ella quedaba entronizado en el corazón de los madrileños el Misterio de “Dios que es Amor” y de su manifestación y triunfo en la Crucifixión y Resurrección de ese Hijo entregado a la muerte por el amor infinitamente misericordioso de Dios Padre para con nosotros. Siempre fue posible y fácil para los madrileños en cualquier circunstancia de la vida, especialmente en el dolor, la enfermedad y la muerte, encontrarla al pie de la Cruz de su Hijo esperándoles con los brazos extendidos de la Madre que les quiere cerca en ese momento en que Jesús se los confía y así poder alojarse luego en sus casas. Nunca abandonó Madrid a esta Madre singular y nunca les falló ella, ocurriese lo que ocurriese.

La “memoria histórica” del amor de los madrileños a su Patrona y Madre, la Virgen de La Almudena: Amor descuidado y herido a veces, pero nunca del todo abandonado. Amor que nos impulsa hoy a la transmisión de la fe

En el itinerario cristiano de Madrid, desde que se consolida su personalidad histórica, no han faltado vaivenes y oscilaciones dramáticas en la vivencia de la fidelidad a la fe recibida en el seno de la Iglesia Católica, especialmente en los dos últimos siglos de su historia contemporánea. Y, sin embargo, incluso en sus años y días mas terribles, los del Martirio de muchos de sus hijos y de sus hijas, no se llegó nunca a rechazar el amor a su Madre, la Santísima Virgen María de La Almudena y

a renegar de él. En la Cripta de su Catedral, al comenzar nuestra Guerra Civil, se quemaron bancos y confesionarios, se allanó el lugar para su uso como cuartel, pero su imagen fue respetada. Al terminar la contienda, en el día en que se recupera el espacio sagrado, se encontró su imagen intacta, con una soga al cuello, y con un cartel a sus pies que decía: “Respetadla”. El intento de derribarla había quedado frenado. ¡Un bello gesto de la devoción de todos los madrileños a la Virgen, fuesen cual fuesen su adscripción política y su ideología, y un ejemplo de tantos que señalaron el camino verdadero para lograr el perdón mutuo, la reconciliación y la paz! ¡Un bello gesto que rimaba bien con el sublime testimonio y ejemplo que habían dado los Mártires de Madrid y de España en aquel horrible período de nuestra historia patria!

Hoy, en esta Solemnidad de La Almudena del año 2007, queremos pedirle a la Madre de Dios y Madre nuestra que sostenga y anime a los católicos madrileños en el empeño y compromiso apostólico de transmitir integra y plenamente la fe en Jesucristo, “Camino, Verdad y Vida”, como testigos valientes de su Evangelio, con hechos y palabras; especialmente a las jóvenes generaciones. Ese Evangelio es el único que salva y no hay proyecto o propuesta humana de vida fuera de él que pueda llevarnos a la plenitud y a la felicidad. ¡No vacilemos ni dudemos! si Dios no “mora” en Madrid, si no “acampa” entre las personas y las familias de nuestra sociedad madrileña, no cesarán ni disminuirán el luto, el llanto, el dolor, la muerte... No hay otra fórmula para que se impongan el bien, la solidaridad, la justicia, la libertad y la paz que la de la ley de la gracia: ¡la del amor a Dios y al hombre hermano!

En esta “memoria” reciente e imperfecta de todo lo que ha significado y significa la Virgen de La Almudena para el Madrid de hoy, formulada y ofrecida en el marco sacramental de la celebración de la Eucaristía, presencia actual y viva del Sacrificio de la Cruz de Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros y por la redención del mundo, se incluyen además de la confesión católica de la fe el consuelo de la esperanza cristiana, apoyada en la certeza del triunfo de la gracia del Espíritu Santo, y el dinamismo del Amor sobrenatural que impulsa a la “Misión”: a la nueva Evangelización de Madrid, a continuar con nuevo entusiasmo apostólico “la Misión Joven” y a llevarla a las familias de Madrid, dedicándose con especial atención a las más jóvenes. Evangelización a la que nos animó siempre Juan Pablo II y, ahora, Benedicto XVI, concluido el IV Sínodo Diocesano de Madrid. “En una sociedad sedienta de auténticos valores humanos y que sufre tantas divisiones y fracturas, la comunidad cristiana –nos decía nuestro Santo Padre el 4 de julio del 2005– ha de

ser portadora de la luz del Evangelio, con la certeza de que la caridad es ante todo comunicación de la verdad”.

Hace 25 años, Juan Pablo II en Madrid y España, peregrino y “Testigo de Esperanza”

Se cumplen hoy 25 años del día final del Viaje Apostólico de Juan Pablo II a España. Del 31 de octubre al 9 de noviembre de 1982 el Papa, venido de Polonia, “eslavo entre los latinos y latino entre los eslavos”, —como se definía a sí mismo en el Acto Europeísta de la tarde de ese mismo día en la Catedral de Santiago de Compostela, el último de una peregrinación de diez jornadas agotadoras por los pueblos y las ciudades más significativas en la historia católica de España—, nos animaba a amar el patrimonio cristiano legado por nuestros antepasados como uno de los más preciosos y valiosos de la historia de la Iglesia Universal; a amarlo con la intensidad y la hondura con que él mismo lo amaba y apreciaba. Las declaraciones de amor a España de aquel Juan Pablo II, vigoroso física y, sobre todo, espiritualmente, plenamente recuperado un año después del atentado del 13 de mayo de 1981, nos conmueven todavía hoy profundamente e interpelan. El Papa nos confesaba en su saludo del Aeropuerto madrileño en la mañana del 31 de octubre, víspera de Todos los Santos, dirigido a sus Majestades los Reyes, a la Iglesia y al pueblo de España, que admiraba su historia: “admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas admirables apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron a la Iglesia... y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto -continuaba el Papa— gracias sobre todo a esa sin par actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla y reza hoy en español”. Y concluía su discurso con aquel emocionante “¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!”.

La figura universal de Teresa de Jesús, cuyo IV Centenario de su muerte se celebraba, iluminó toda aquella memorable visita del Vicario de Cristo, sellada con su despedida en el Aeropuerto compostelano, reafirmando su expresión de un amor excepcional a aquella España, de raíces católicas, nación de una humanidad noble, cordial, abierta generosamente al hermano, desbordante de cariño filial al Sucesor de Pedro y que él acababa de visitar: “Los brazos abiertos del Papa quieren seguir siendo una llamada a la esperanza, una invitación a mirar hacia lo alto, una imploración de paz y de fraternal convivencia entre vosotros. Son los brazos de quien os bendi-

ce e invoca sobre vosotros la protección divina, y en un saludo lleno de afecto os dice: ¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!”.

¡Qué bien suenan todavía hoy, o, mejor dicho, cómo suenan hoy de bien y de actuales las palabras de nuestro querido e inolvidable Juan Pablo II! ¡Qué bien suenan en este Madrid de la Fiesta de la Virgen de La Almudena del año 2007! La Memoria histórica de la Visita Pastoral del Papa Juan Pablo II, el Pastor de la Iglesia Universal, a España y a Madrid hace 25 años, nos emociona intensamente. En nuestra ciudad desarrolló el Papa los días 2 y 3 de noviembre un intensísimo programa –de una realización casi imposible ¡inconcebible! teniendo en cuenta las exigencias de tiempo y energías físicas que implicaba– con dos momentos culminantes: los de la Misa con las familias en la Plaza de Lima y el encuentro con los jóvenes en el Estadio Bernabéu, respectivamente. Proféticas fueron sus palabras sobre la verdad del matrimonio nacido del amor esponsal mutuo, fiel, indisoluble, entre el hombre y la mujer y sobre la necesidad de la apertura del acto mismo del encuentro conyugal al don de la vida, como lo había enseñado Pablo VI con clarividencia histórica y con una fuerza heroica ejemplar en su Encíclica “*Humanae Vitae*”. Y, pronunciada con una vibrante fuerza profética, fue la denuncia de Juan Pablo II de lo que comenzaba a ser la aceptación social de ese atentado contra la vida de los más inocentes, los no nacidos, que es el aborto: “quien negare la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida –clamaba el Papa–, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el fundamento de la sociedad”. Y no menos profética e impulsora de un nuevo y contagioso dinamismo para la esperanza fue su propuesta de las Bienaventuranzas como el único programa de vida auténticamente valioso y entusiasmante para una juventud dispuesta a comprometerse de verdad en la noble y sacrificada lucha de “vencer al mal con el bien” en el umbral del III Milenio. Y advertía que dos son “las condiciones o dimensiones esenciales que el Evangelio pone para esa victoria: la primera es el amor; la segunda, el conocimiento de Dios, como Padre”.

¡Que la Virgen de La Almudena nos conceda también hoy convertir esa “memoria” bendita del primer Viaje Apostólico de Juan Pablo II a España en propósito y ánimo decidido para no desfallecer en nuestra vocación y misión de ser portadores del Evangelio a nuestros hermanos y hermanas del Madrid de hoy! ¡Portadores auténticos del Evangelio de Jesucristo, de su Amor que nos salva! Que la Virgen nos conceda la perseverante e ilusionada fortaleza y constancia para que ante las nuevas generaciones de Madrid y entre los nuevos madrileños, venidos de

la emigración, pongamos en práctica —en la práctica pastoral y social de la Iglesia y de los católicos madrileños— lo que el mismo Juan Pablo II en su tercera y última visita a Madrid, la de la conmovedora despedida de España, nos dejaba como su último mensaje: “España evangelizada, España evangelizadora, ese es el camino. No descuidéis nunca esa misión que hizo noble a vuestro País en el pasado y es el reto intrépido para el futuro”.

No hay otro camino para ser testigos creíbles de la fe, es decir, para la misión, que el del “martirio” diariamente experimentado y vivido; incruento las más de las veces, pero nunca descartable del todo en su forma cruenta y total. Lo recordaba a los jóvenes madrileños el pasado 9 de agosto en Castelgandolfo nuestro Santo Padre Benedicto XVI: “... habéis podido entender mejor por qué la fe en Jesucristo, al abrir horizontes de una vida nueva, de auténtica libertad y de una esperanza sin límites, necesita la misión, el empuje que nace de un corazón entregado generosamente a Dios y del testimonio valiente de Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida”.

¡Que nuestra Madre la Virgen de La Almudena nos conceda vivir así “la Misión Joven” ¡la Misión de la Iglesia! en este año 2007 para el bien de todos los madrileños: de los niños y de los jóvenes, de las familias y de los mayores, de nuestros hermanos los emigrantes, de los enfermos y de los ancianos, de los más necesitados de alma y de cuerpo! ¡De todos!

Amén.

¡NO TENGÁIS MIEDO!
¡ABRID LAS PUERTAS A CRISTO!
En la Fiesta de Jesucristo, Rey del Universo

Madrid, 23 de Noviembre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Aquellas palabras proféticas del Siervo de Dios, Juan Pablo II, en su primer saludo dirigido a la Iglesia y al mundo desde “La Logia” de la Basílica de San Pedro –¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!– resonaron en España con una penetrante y sugestiva cercanía después de que hubiese besado suelo español en Barajas cuatro años después, el 31 de octubre de 1982. Y, resuenan hoy entre nosotros con una no menor intensidad; quizá, incluso, con una mayor y urgente actualidad. En la Fiesta de Jesucristo, Rey del Universo, del 2007, veinticinco años después, adquieren la fuerza espiritual de una invitación a la Iglesia en España y, de un modo ejemplar para nuestra Iglesia Diocesana de Madrid que se encuentra en medio de “la Misión Joven”, a hacer examen de conciencia en presencia del Señor, mirando y contemplando “su Divino Rostro”, viéndole crucificado y glorificado, sentado a la diestra de Dios, en la gloria del Padre; reconociéndolo y adorándolo como al Señor, Rey del Universo, como “la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de El fueron creadas todas las cosas; visibles e invisibles”; como Aquel en el que “quiso Dios reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y de la tierra,

haciendo la paz por la sangre de su cruz"... ¡"El es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia"!

¿Hemos centrado el anuncio de nuestra fe en la verdad de Cristo como el Señor y Salvador del hombre, como Rey del Universo? ¿Cómo "el camino, la verdad y la vida" para el hombre de nuestro tiempo, para el hombre de todos los tiempos? ¿En toda nuestra tarea de transmisión de la fe a los madrileños, especialmente a los niños y a los jóvenes, constituyó nuestra primera y central preocupación personal y pastoral el anuncio y la noticia de Jesucristo en toda la integridad histórica, espiritual y teológica de su significado salvador?

El Santo Padre en su recientísimo libro sobre Jesús de Nazareth ha querido poner de manifiesto a través de la lectura de los evangelios, realizada a la luz de la fe transmitida por la Iglesia, fe vivida en la comunión de gracia y santidad de sus hijos e hijas y testimoniada apostólicamente por los sucesores de los Apóstoles unidos al Sucesor de Pedro, como el mismo Jesús nos ha desvelado el misterio de su persona, de su vida y de su doctrina, de su muerte y de su resurrección, al presentarse sin ambigüedad alguna como el Hijo de Dios, que en el seno de su Madre Santísima se hizo hombre, hijo del hombre ¡El, siendo verdaderamente hombre, es el Camino para llegar al Padre! ¡El es el que nos ofrece la respuesta definitiva para comprender el origen, el sentido y la finalidad de nuestra vida, es decir, de nuestro destino de peregrinos por el camino del tiempo y de la historia! ¡El es el que nos ha abierto la fuente divina del amor infinitamente misericordioso del Padre, enviando al Espíritu Santo, la Persona-Amor en el misterio trinitario de la Vida Divina, para que sabiendo amar, aprendiendo y practicando la lección del amor verdadero, tengamos vida y vida eterna! Lo que nos importa pues sobre manera es ir abriendo los surcos de nuestra libertad al reinado de Jesucristo, el Salvador del hombre. Porque para la Iglesia y los cristianos de lo que se trata, en último término, es de que Dios reine cada vez más intensamente en las conciencias de los hombres de la sociedad y de los pueblos; y ello, en definitiva, sólo es posible por Jesucristo y en Jesucristo. El curso de la historia contemporánea, el recorrido por las sociedades más desarrolladas de Europa y de América, ha demostrado que, cuanto más se alejan los pueblos de sus raíces cristianas, –tantas veces multiseculares cuando no milenarias–, rompen con la profesión de la fe y propuesta de vida fundada en el Evangelio, se apartan de Cristo y se olvidan de Dios, pronto acaban ignorando la dignidad inviolable de la persona humana, negándole sus bienes y derechos más fundamentales. El paso siguiente a sistemas políticos de opresión, de explotación y hasta de eliminación del hombre mismo no se hizo esperar.

¡Cómo urge, por tanto, abrir las puertas a Cristo! ¡Abrirlas de par en par!, comenzando por nosotros mismos, los católicos, en la vida personal y familiar y en la vida pública. Las legislaciones de estos años últimos en los países europeos, especialmente en España, referidas al derecho a la vida, al matrimonio y a la familia, sobre la educación de las jóvenes generaciones, etc., se han separado y se están separando cada vez más de la mejor tradición cultural, ética y religiosa de sus pueblos, eligiendo para ello la vía de la inspiración ideológica del relativismo moral, denunciado frecuentemente por Benedicto XVI, antes y después de iniciar su Pontificado. Se prescinde sin el menor escrúpulo de toda referencia a una ética trascendente, con principios y exigencias no manipulables por el poder humano; y, no sólo de la ética, fundada en la verdad de Dios, sino también, de la que se siente avalada y exigida por la naturaleza del hombre, corporal y espiritual a la vez. La persona, sobre todo la de los más débiles y desfavorecidos, ha quedado y queda a la intemperie, expuesta a los efectos destructivos de las corrientes más insolidarias de la historia.

Una nueva e inequívoca apuesta por el estilo y el compromiso apostólico de anunciar y testimoniar el Evangelio es lo que nos pide con apremio espiritual e histórico esta Fiesta de Cristo Rey del Universo en el presente año; nos lo pide y demanda, vistos e interpretados los signos de los tiempos, en primer lugar, a los pastores de la Iglesia y, luego, a todos los fieles: los consagrados y los seglares. Estos últimos son los llamados por vocación propia y específica a ser los testigos cualificados del Evangelio, apostólicamente, en la vida pública.

A la Virgen, Madre y Reina, en su advocación de La Almudena, junto a su Hijo, el Señor y Salvador, Rey del Universo, nos encomendamos humildemente, con la confianza de que nos reconfortará y nos animará con su amor maternal en el camino de llevar “la Misión Joven” a las jóvenes familias madrileñas ¡a mantener nuestro compromiso de ser apóstoles del Evangelio, con un vivo y ardiente amor por el Señor, por Jesucristo!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

25 Años después de la Visita de Juan Pablo II
a Santiago de Compostela, el 9.XI.1982.
El “acto europeísta”
Guión-conferencia del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid

Santiago de Compostela, 7 de noviembre de 2007; 19’00 horas

I. LA EVOCACIÓN

1. El ambiente espiritual y eclesial de aquel día memorable.

a. Conclusión de los diez días del Viaje Apostólico a España del Papa, como “Testigo de Esperanza”.

- El ansia y nostalgia reciente de España.
- Los elogios y declaraciones de amor a España, al comenzar y al finalizar el viaje.
- “Santa Teresa de Jesús”.

- Peregrino a Compostela, ya finalizado “el Año Santo 1982”: comienzo de una recuperación de la espiritualidad jacobea. ¡La crisis de los años setenta definitivamente superados!

- La Iglesia en Galicia en el nuevo marco de la España de la Transición, tratando de llevar a la práctica el Concilio Vaticano II. El “Concilio Pastoral de Galicia”.

- ¿Cómo configurar la Visita del Papa a la Ciudad del Apóstol?: Misa del Peregrino –encuentro con los hombres del mar– ¡Acto Europeísta!

2. El ambiente en general – sociedad, comunidad política, juventud, cultura del momento.

- ¿España había olvidado sus raíces cristianas en una Europa que había iniciado a este lado del “Muro” y del “Telón de acero” –la Europa libre– un camino de fuerte secularización espiritual, cultural e ideológica? Comenzaba el declive demográfico europeo.

- ¿Triunfo del “68” en España? ¿Político? La victoria electoral del PSOE. ¿Cultural? ¿Minusvaloración de “la España Católica”?

- La sorpresa social del “Año Santo”: los jóvenes comienzan a encontrar de nuevo “el Camino de Santiago”. Los jóvenes españoles y los europeos. En lontananza: la IV Jornada Mundial de la Juventud de 1989, siete años después.

- “El renacimiento” socio-cultural y de opinión pública de “lo Jacobeo”.

II. “EL MENSAJE”

1. La Misa del Peregrino en la Labacolla

- La lluvia copiosa...

- El Papa, peregrino apostólico por tierras de España, llega al punto final de la Peregrinación, atraído por Teresa de Jesús: al mausoleo que guarda la memoria

de un amigo de Jesús, el primero que dio testimonio del Evangelio con su sangre: “Santiago Apóstol”.

- Su testimonio de servicio y de cruz: testimonio de fe y de amor a Cristo, de amor salvador al hombre.

- Volver a las raíces cristianas de la tradición de España: “Esa fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español”.

- Tradición anclada y renovada apostólicamente en la Iglesia, que hace “contemporáneo” a Cristo a través de “la contemporaneidad eclesial”. Contemporaneidad reavivada en Santiago de Compostela con “el diálogo incesante” de las generaciones de peregrinos.

- Así crece la fe.

- La fe que salva.

- La fe que invita desde Compostela a alabar a Dios a todas las naciones: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

- ¡Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben!

2. La dignidad del trabajo de los Hombres del Mar

- El Apostolado del Mar.

- La Iglesia con ellos en todo el contexto humano de su profesión. Elogio a las esposas y madres de las familias marineras.

3. El Acto Europeísta

a. Europa nace peregrinando a Santiago:

“Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la memoria de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo

y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando”.

b. La crisis de Europa:

- “en el plano civil”. Europa dividida; consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios abierta o implícita a un “nihilismo” moral y religioso que “desarma la voluntad de afrontar los problemas cruciales”.

- “en el aspecto religioso”: “por la defección de los bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades”.

c. “Europa vuelve a encontrarte a ti misma”. ¡La solución de recuperar la identidad cristiana de sus raíces!

- Caminos de renovación: que valen, incluso, manteniendo “los diferentes sistemas políticos”.

- Afirmación de los Derechos de la Persona Humana: universales, europeos. Acto final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación.

- Dejar espacio socio-jurídico y cultural a Dios, a Cristo, a su gracia y poder salvífico.

- “Abrid las puertas a Cristo”.

- El ejemplo de los grandes europeos.

d. El compromiso de la Iglesia con el renacimiento de Europa.

- El ejemplo de Santa Teresa y de Maximiliano Kolbe; pero, sobre todo, el de San Benito de Nursia y de los Santos Cirilo y Metodio: “aunar la romanidad

con el Evangelio”; “la inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones”.

- Su contribución espiritual y humana: imprescindible.
- La renovación interna de la vida eclesial en causa. Sus citas en “el Sínodo de Europa” de 1991 y 1999.
- La ayuda de Dios y la oración por Europa.
- La Virgen en los grandes Santuarios Marianos Europeos.

III. EL EXAMEN DE CONCIENCIA

1. En relación con España

- La presencia y la influencia evangelizadora de la Iglesia en la sociedad española:
 - la secularización “in crescendo” .
 - un nuevo laicismo radical.
 - sin embargo, en la realidad se vive de nuevo el surgir de movimientos y actuaciones de los seglares católicos en la vida pública.
 - “Valoración Moral de la situación de España”.
- La vida de la Iglesia “ad intra”:
 - descenso cuantitativo de los fieles, las vocaciones, las obras apostólicas.
 - influjo intelectual permanente de doctrinas no conciliables con el Magisterio de la Iglesia: “Cuarenta Años después del Vaticano II. Teología y Secularización en España”.
 - La atracción espiritual que ejerce la vida contemplativa sobre los jóvenes.

- Una juventud que comienza a descubrir la identidad cristiana, vivida y realizada en la “Comunión de la Iglesia Católica”, como el verdadero ideal de vida.

2. En relación con Europa

- La crisis moral y espiritual de Europa en el trasfondo de el difícil camino político, social, económico y cultural de la Unión Europea; en los países de un lado y del otro del que fue “el telón de acero”.
- La crisis demográfica.
- El fenómeno del Islam en Europa: entre el terrorismo fundamentalista y el cuestionamiento de la concepción –¿jurisnaturalista?– del Estado constitucional europeo de la segunda mitad del siglo XX.
- Un despertar nuevo de la Iglesia en Europa. ¿Una nueva generación de jóvenes europeos católicos?

3. En relación con “el Hecho Jacobeo”.

- ¿Una etapa de oro nueva del Camino de Santiago?
- ¿Recuperación espiritual y cristiana de la peregrinación jacobea?
- El peligro “culturalista” y “mercantilista”.

IV. MIRANDO AL FUTURO

- Es preciso y urgente renovar la conciencia colectiva de España en relación con el conocimiento crítico, aprecio cultural y social y aprovechamiento espiritual de su historia cristiana y católica. Una Iglesia renovada espiritual y apostólicamente está llamada en el Estado democrático de derecho a “alimentar”, cooperativamente, “el alma” de la sociedad española.

- Es preciso y urgente, volver a las raíces cristianas de Europa para superar su división más profunda ante el reto socio-político y cultural-religioso del Islam. El diálogo entre “católicos” y “laicos”.
- Es preciso y urgente afirmar en la teoría y plasmar en la práctica el papel decisivo del Camino de Santiago y de la peregrinación a Santiago de Compostela en la recuperación interior, espiritual y moral de Europa.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Arcipreste de San Carlos Borromeo (Vicaría IV): P. Francisco Monteserín González, S.J. (30-10-2007).

Arcipreste de San Matías (Vicaría I): Ágel Jiménez Sanz, O.A.R. (13-11-2007)

VICARIOS PARROQUIALES

De Nuestra Señora del Rosario: P. Daniel Pal, O.F.M. Conv. (30-10-2007).

De Santa Rita: P. José Yan Tao, O.A.R. (30-10-2007).

De Virgen del Coro: D. Henri León Essomba Ndi (30-10-2007).

De María Auxiliadora: P. Mariano García Yagü, S.D.B. (9-9-2007).

De Santa María de Caná, de Pozuelo de Alarcón: D. Miguel Lozano Martínez (6-11-2007).

De Nuestra Señora de la Paz: D. Federico de Carlos Otto (13-11-2007)

ADSCRITOS

A Santa María del Pozo y Santa Marta: D. César Ochoa Ascencio (30-10-2007).

A Concepción de Nuestra Señora: D. Antonio Candeeiro (30-10-2007).

A San Pablo: D. Jeremie Pogorowa (6-11-2007).

A Nuestra Señora del Carmen y San Luis: Don Roberto López Montero
(13-11-2007)

CONSEJO PRESBITERAL

D. Alfonso Lozano Lozano (6-11-2007).

D. José Añón Granizo (6-11-2007).

D. Enrique González Torres (6-11-2007).

CAPELLÁN

Del Hospital de la Cruz Roja: D. José M^a Embid Gómez (30-10-2007).

De Madres de los Desamparados y San José de la Montaña: D. Anastasio Gil García (9-10-2007).

De la Gran Residencia de Personas Mayores de la C.A.M.: D. Ángel Gallego Pedrezuela (12-11-2007)

Del Hospital Gregorio Marañón: P. Asensio Llamazares Ugena, O.S.S.T
(13-11-2007)

COORDINADORES

De Juventud de la Vicaría I: D. José María Marín Fernández Díez
(13-11-2007)

De Catequesis de la Vicaría III: D. José Juan Frenillo Ahijón
(13-11-2007)

DIÁCONO

Adscrito a la Parroquia Basílica Hispanoamericana de Nuestra Señora de la Merced: Fray Xoan Pedro Barreira Gómez, O. de M. (30-10-2007).

DEFUNCIONES

El día 1 de noviembre de 2007, a los 73 años de edad, falleció el R.P. LORENZO ÁLVAREZ VERDES, religiosos redentorista. Fue profesor de la Academia Alfonsiano de Roma. Estaba jubilado y residía y colaboraba en la Parroquia del Santísimo Redentor, de Madrid.

El día 5 de noviembre de 2007 falleció DOÑA CARMEN GIMÉNEZ PÉREZ, hermana de Doña Charo, secretaria del Consejo de Laicos.

El día 8 de noviembre de 2007 falleció el sacerdote diocesano D. LUIS GARCÍAARRANZ. Nació en Soria, el 21-6-1934. Ordenado en Salamanca, EL 5-4-1958. Incardinado en Madrid, el 3-5-1996. En esta diócesis desempeñó los cargos de Capellán de las Religiosas Dominicas de la Anunciata (1984-89), párroco de Gandullas, Gascones y Piñuecar (1989-1993), párroco de Manjirón y encargado de Cincivillas (15-3-1993 a 1-10-1993). Desde enero de 1995 estaba adscrito a Virgen del Castillo. Estaba jubilado.

El 11 de noviembre de 2007 falleció DOÑA MARÍA TERESA MEJÍA ROJAS, madre del sacerdote diocesano D. Jorge Ávila, Mejía, párroco de la Parroquia de San Sebastián.

El día 20 de noviembre de 2007, falleció DON LUIS DEL MORAL LECHUGA, hermano del Ilustrísimo Señor Don Juan José del Moral Lechuga, Vicario Episcopal de la Vicaría III.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ORDENES

El día 3 de noviembre de 2007, en la S.I. Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, cofirió el Sagrado Orden del DIACONADO a los seminaristas diocesanos de Madrid:

D. ALVIN FERNANDO CASTRILLO GÓMEZ
D. GERARD CHARLES GILBERT DE VAUTIBAULT
D. ARTURO ZAMARREÑO GARCÍA
D. AARON ARIEL JORGE LIMA TOLEDO

DISTINCIONES PONTIFICIAS

Prelado de Honor de Su Santidad: D. Samuel González Navarro, sacerdote diocesano de Madrid (3-9-2007).

Gran Cruz de la Orden de los Caballeros de San Gregorio Magno:
Al Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuentes (3-9-2007).

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. NOVIEMBRE 2007

Día 1: Apertura de curso de la Facultad de Teología 'San Dámaso'.

Día 2: Consejo Episcopal

Misa en el centenario del Colegio de Nuestra Señora del Pilar.

Día 3: Apertura de curso en la Universidad de Comillas.

Día 4: Granada. Misa en La Cartuja. Conferencia de apertura de curso de los centros afiliados a la Facultad de Teología 'San Dámaso'.

Día 5: Misa en la parroquia de la Virgen del Mar con motivo de la fiesta de Santa Faustina Kovalska.

Día 6: 12,00 horas, Envío de Catequistas en la Catedral de la Almudena.

Día 7: Misa en la parroquia de Santa Bárbara en su 250 aniversario.

Bendición e inauguración de la parroquia de la Santísima Trinidad en Collado Villalba.

Día 8: reunión con profesores universitarios

Día 9: Consejo Episcopal.

Día 10: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría III

Día 11: Comité Ejecutivo CEE.

Visita al Seminario Redemptoris Mater

Día 12: Misa/confirmaciones en la parroquia de San Ricardo

Misa con los Padres Orionistas en el Santuario de la Milagrosa.

Día 13: Misa de inauguración de las obras de la parroquia de Nuestra Señora de las Fuentes.

Día 14: Misa y bendición de una imagen en la parroquia de San Juan de Ribera.

Día 15: Acto académico en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’ con Jaime Mayor Oreja

Día 16: Misa con las educadoras internacionales de Cerro del Coto

Día 17: Consejo Episcopal

Misa en la Catedral con motivo de las beatificaciones de mártires

Día 18: Presentación del libro del P. Navarrete en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’, titulado “Derecho matrimonial canónico”.

Día 19: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría II.

Día 20: Consejo de Pastoral.

Final del Centenario del Seminario Diocesano.

Día 21: Misa en la parroquia de San Gabriel Arcángel.

Día 22: Clausura de la Visita pastoral a la Vicaría V, en San León Magno.

Día 23: Consejo Episcopal.

Apertura de la visita pastoral a la Vicaría VI.

Día 24: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría Vª.

Día 25: Permanente del Consejo Presbiteral

Días 26, 27, 28 y 29: Beatificaciones de mártires en Roma.

Día 30: Consejo Episcopal.

Día 31: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría VIª.

COMISIÓN TÉCNICO FINANCIERA

REALIZACIÓN PRESUPUESTO CURIA DIOCESANA AÑO 2006

INGRESOS

70	Ingresos por servicios, ventas, etc		1.911.477,07
700	Publicaciones, libros, folletos, etc	90.105,70	
705	Tasas serv. Notarías, Curia y Vicarías	968.468,28	
706	Ingresos por enseñanza	680.055,30	
707	Ingresos por estancias	172.847,79	
72	Aportaciones ordinarias		13.965.282,53
725	Aportaciones de las Parroquias	5.442.105,65	
727	Aportaciones de la Conf. Episcopal	8.444.214,37	
729	Otras actividades y servicios	78.962,51	
74	Subvenciones		2.659.737,73
740	Subvenciones oficiales	2.516.737,73	
741	Otras Subvenciones	143.000,00	
75	Ingresos de gestión		269.790,68
752	Rentas por arrendamientos	231.447,54	
759	Ingresos por servicios diversos	38.343,14	
76	Ingresos financieros		697.535,44
761	Beneficios en valores negociables	675.408,36	
768	Diferencias positivas de redondeo	1,53	
769	Otros ingresos financieros	22.125,55	

77	Ingresos extraordinarios		2.041.011,64
778	Ingresos extraordinarios	2.041.011,64	
78	Aportaciones de los Fieles		3.756.142,46
780	Suscripciones y cuotas	1.134.619,79	
782	Colectas	528.196,63	
783	Donativos y Limosnas	1.423.866,07	
784	Herencias y legados	566.309,87	
789	Otras aportaciones	103.150,10	
Total Realización de Ingresos			25.300.977,55

GASTOS DE LA CURIA DIOCESANA AÑO 2006

60	Aprovisionamientos		975.623,10
600	Compras (combustibles, limpieza)	367.588,31	
602	Compras de otros aprovisionamientos	77.820,63	
603	Trabajos realizados por otras empresas	508.558,00	
605	Compras para el culto	21.656,16	
62	Servicios exteriores y actividades		6.799.001,17
621	Arrendamientos	56.913,65	
622	Obras y conservación Templos y Curia	1.553.817,34	
623	Servicios profesionales	544.285,76	
625	Primas de seguros	70.810,10	
626	Gastos y comisiones bancarias	74.794,88	
627	Publicaciones	1.654.044,51	
628	Suministros	277.477,13	
629	Otros servicios y actividades	2.566.857,80	
63	Tributos		7.939,43
631	Otros tributos	7.939,43	
64	Gastos de personal		7.676.430,85
640	Sueldos seculares	2.792.407,37	
642	Seguridad Social a cargo entidad	721.937,63	
644	Sueldos de Sacerdotes y Religiosas	3.590.653,52	
649	Otros gastos sociales	571.432,33	
65	Gastos de gestión		379.601,77
650	Ayudas a parroquias	70.244,80	
651	Otras ayudas	279.641,35	
652	Gastos comunidad inmuebles	29.715,62	
66	Gastos financieros		139.517,13
662	Ints. financieros	139.509,41	
668	Diferencias negativas de cambio	7,72	

67	Gastos extraordinarios		107.664,02
678	Gastos extraordinarios	107.664,02	
68	Dotación para amortizaciones		121.239,37
681	Amortización inmovilizado inmaterial	1.800,82	
682	Amortización inmovilizado material	119.438,55	
69	Dotaciones		5.042.200,40
697	Caja Jubilaciones y Caja Interdiocesana	4.335.302,01	
698	Bonificaciones a depósitos parroquiales	706.898,39	
690	Dotación a deudas anteriores		

INVERSIONES DE LA CURIA DIOCESANA

14	Provisiones para gastos		2.381.299,72
141	Provisión para amortización de créditos	2.381.299,72	
17	Deudas a largo plazo por préstamos y otros		267.988,55
170	Amortizaciones de leasing	30.150,85	
171	Amortizaciones de préstamos	237.837,70	
22	Inmovilizado material		1.402.472,04
221	Compra de inmuebles	-	
222	Instalaciones técnicas	-	
226	Mobiliario	2.472,04	
227	Ordenadores, fotocopiadoras, etc.	-	
244	Obras templos nuevos	1.400.000	
Total Realización de Gastos e Inversiones			25.300.977,55

Esta realización del presupuesto de la Curia Diocesana del Arzobispado de Madrid del ejercicio de 2006, fue aprobada por el Consejo de Asuntos Económicos del Arzobispado de Madrid, en su sesión del día 15 de marzo de 2007 (Acta número 264).

Por el Consejo de Asuntos Económicos
D. Aniceto Arnés Carrasco

El Vicario Episcopal para Asuntos Económicos
D. Tomás Juárez García-Gasco

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid
† D. Antonio María Rouco Varela

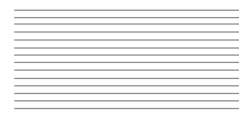
ORIGEN Y APLICACIÓN DE FONDOS EN LAS PARROQUIAS DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

Con los datos aportados por las Parroquias podemos obtener el presente Estado que nos define la procedencia y aplicación de los fondos administrados por las Parroquias.

AÑO 2006

PROCEDENCIA E IMPORTES

CONCEPTOS	PARROQUIAS	%
Servicios	4.148.406,23	8,42
Subvenciones	321.540,02	0,65
Por Gestión	932.124,85	1,89
Financieros	350.693,89	0,71
Aportación fieles	33.013.505,69	66,97
Suscripciones y cr	11.703.346,87	
Colectas	11.640.054,97	
Donativos y limos	5.289.936,74	
Herencias y legad	484.660,15	
Cáritas Parroquial	3.895.506,96	
Otras Instituciones	5.922.223,38	12,01
Préstamos y otros	3.072.720,38	6,23
Aportación del Fondo Coop. Dioc.	1.533.620,84	3,11
Totales	49.294.835,28	100,00



AÑO 2006

DESTINO E IMPORTES

CONCEPTOS		PARROQUIAS	%
Compras		1.508.433,44	3,03
Servicios y Actividades		18.750.669,76	37,64
Diversos	15.186.427,19		
Cáritas Parroquia	3.564.242,57		
Tributos		102.395,37	0,21
Personal		12.478.364,38	25,05
Otras Instituciones		5.676.092,79	11,39
Devolución préstamos		3.085.706,07	6,19
Gastos financieros		259.274,91	0,52
Material inventariable		2.742.123,40	5,50
Entregas a Fondo Coop. Dioc.		5.216.665,94	10,47
Totales		49.819.726,06	100,00

La diferencia entre Ingresos y Gastos corresponde a la Tesorería administrada por las Parroquias. Este cuadro se ha confeccionado con los Estados de ingresos y gastos facilitados por las Parroquias con el Vº Bº de su Vicaría respectiva.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE VIRGEN DEL VAL

Alcalá de Henares, 11 de noviembre de 2007

Lecturas: 2 Mc 7, 1-2.9-14; Sal 16, 1-8.15; 2 Ts 2, 16 – 3, 5; Lc 20, 27-38.

1. Predicación de la Palabra de Dios en la comunidad cristiana

1. Esta Misa, que estamos celebrando, tiene un sentido muy especial por ser la llamada “Misa estacional” con motivo de la Visita pastoral del Obispo a las comunidades cristianas, concretamente hoy a la Parroquia de la Virgen del Val en Alcalá.

Participar en la Eucaristía, presidida por quien es la cabeza visible de la iglesia particular, es decir el obispo, es celebrarla de un modo especial, porque en esta Eucaristía está presente la Iglesia de modo pleno. Un sucesor de los Apóstoles es quien preside la Eucaristía con todos los miembros de la iglesia. En este momento la Parroquia de Virgen del Val se convierte en una expresión muy significativa de la Iglesia.

2. San Pablo, en la carta a los *Tesalonicenses*, nos ha recomendado varias cosas. Voy a sintetizar algunas de ellas. En primer lugar, él pide a los fieles: «Hermanos,

nos, rezad por nosotros, para que la Palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros» (3 Ts 2, 1). Esta es la petición que hago hoy por esta comunidad cristiana de Virgen del Val. Que la Palabra de Dios siga el avance que aquí ha comenzado.

El anuncio del Evangelio, que es el anuncio de Jesucristo, que se hace en esta comunidad cristiana parroquial conviene que se siga proclamando. Hacen falta hoy creyentes que vivan la fe y proclamen que Jesucristo es Dios y vive por los siglos. Hacen falta cristianos comprometidos, que trabajen por el Reino de Dios.

Toda comunidad cristiana debe realizar la proclamación de la Palabra, la escucha y la asimilación de la misma; debe anunciar a los que aún no creen la Palabra de Dios, que es viva y eficaz y tiene su fuerza propia. La Palabra de Dios es una Palabra de amor, que transforma al hombre; de hecho, nos ha transformado a quienes la hemos escuchado. Pero puede llegar a transformar a más personas, si nosotros la anunciamos y somos testigos de la Resurrección del Señor.

2. Confianza en Dios en los avatares de la vida

3. El Salmo, que hemos proclamado, remarca la confianza en Dios en los avatares de la vida: «Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme» (Sal 16, 8). Se nos invita a poner nuestra confianza en Dios. El Salmo 131, usando la imagen del niño en brazos de su madre, también nos invita a confiar en Dios.

Cuando estamos con el Señor, nuestros pasos no vacilan: «Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos» (Sal 16, 5). San Pablo nos ha recordado, en la segunda lectura, que el Señor es nuestra fuerza: «El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno» (3 Ts 2, 3).

4. El Señor espera que nosotros tengamos confianza en Él y nos fiemos totalmente de Él, aunque las cosas no funcionen como nos gustaría y aunque la vida nos vapulee. Lo importante es confiar en el Señor. Decía el Salmo: «Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante» (Sal 16, 15). El Señor espera que nos pongamos delante de Él, porque contemplar su rostro nos da vida; al igual que el niño contempla el rostro de sus padres y confiando en ellos, se resuelven sus problemas y se disipan sus dudas.

Animo a la comunidad cristiana de Virgen del Val a confiar en el Señor; a ponerse en sus manos; a presentarle todas las cosas y problemas, que nos zaran-dean. No existe problema alguno ni dificultad en la vida, que, desde el punto de vista cristiano, no tenga solución. Cuando alguien comenta que todo tiene solución, los listillos suelen decir: “Todo, menos la muerte”. Pues los cristianos podemos decir: “Todo tiene solución, incluso la muerte”. Porque Jesucristo ha vencido la muerte con su resurrección.

5. La primera lectura de hoy nos han hablado de los siete hermanos, que fueron capaces de soportar la muerte terrena, sabiendo que vivirían después eternamente. Los Santos Niños Justo y Pastor, nuestros patronos, son también ejemplo de ello.

Después de esta vida el Señor nos espera para contemplar su semblante: «Al despertar me saciaré de tu semblante» (*Sal* 16, 15). Esto no es una forma de engañar y adormecer a la gente, como algunos critican a los cristianos; no se trata de una adormecedora. No se persigue con esto zafarse de nuestro trabajo terreno, para pensar en el más allá, como tontos. Cristo ha vencido a la muerte y, con Él, la podemos vencer también nosotros.

Por tanto, estando en manos de Dios, todo es vencible, incluso la muerte. Eso es lo que tiene que testificar esta comunidad cristiana ante nuestros contemporáneos. Esto es lo que nos diferencia a los cristianos de los paganos. Los macabeos dijeron: «Vale la pena morir a manos de hombres, cuando se espera que Dios mismo nos resucitara» (*2 Mc* 7, 14). Hasta ahí ha de llegar nuestra confianza en el Señor.

3. La fuerza de Dios nos ayuda a realizar obras buenas

6. San Pablo nos anima a realizar obras buenas, con la confianza en Dios: «Que Jesucristo, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas» (*2 Ts* 2, 16-17).

Con la fuerza del Espíritu Santo y el alimento de la Eucaristía y de la Palabra de Dios el cristiano puede realizar palabras y obras buenas. No se refiere solamente a no hacer daño, sino a practicar obras buenas, que tienen el signo del amor de

Dios. La presencia de Dios es transformante; el amor de Dios enriquece al hombre y lo cambia. Desde el amor de Dios el cristiano puede hacer obras buenas, de amor, de paz, de misericordia y de perdón. Ningún ser humano puede realizar eso con sus solas fuerzas. Si se hace es por la fuerza de Dios y el don de su Espíritu.

4. Educar en la fe a las nuevas generaciones

7. Queridos feligreses de la parroquia de la Virgen del Val, os animo a vivir tal como hoy san Pablo nos propone. Con motivo de la Visita pastoral, os exhorto a renovar esta comunidad cristiana.

Durante estos días me he encontrado con los niños que se preparan para hacer la Primera Comunión, con los adolescentes y con los jóvenes, que están en una edad crítica y difícil. Los mayores hemos de ayudar a las nuevas generaciones a vivir la fe; hemos de educarles en la fe; hemos de enseñarles a rezar, a alabar a Dios, a hincar nuestra rodilla ante Él, adorándole.

No es suficiente enseñarles contenidos; no es suficiente comunicarles algunas verdades. La fe es una relación de amor y confianza con Dios; los cristianos tenemos experiencia de ello y sabemos que no es suficiente saber cosas de una persona. Entre saber cosas de una persona y tener una relación de amistad, de confianza y de amor, hasta ser capaz de dar la vida por esa persona hay un grandísimo trecho.

Hemos de ser educadores en la fe, que quiere decir ser educadores en la confianza y en el amor a Dios, en la oración, en la celebración de los sacramentos. Vuestros hijos están en camino de crecimiento y aún no tienen una fe madura; lo pude comprobar ayer; están creciendo aún. Pero necesitan de vuestro ejemplo, de vuestra palabra, de vuestra oración, de vuestro apoyo y confianza. La sociedad actual, en general, no educa en la fe cristiana; sino que más bien propone otros modos de vivir, contrarios al cristianismo.

Con San Pablo os animo a manteneros en la constancia de Cristo: «Que el Señor dirija vuestro corazón, para que améis a Dios y tengáis la constancia de Cristo» (3 Ts 2, 5). Os animo a que abráis vuestro corazón, para que el Señor lo llene de su gracia y de su Espíritu. Porque el Señor es un Dios de vivos, no es un Dios de muertos.

5. La Virgen, nuestra Madre

8. La patrona y titular de vuestra Parroquia es la Virgen del Val. Tenéis permanentemente en el altar una imagen de la Virgen, en actitud de entregar a su Hijo a la humanidad. En estos días, como solemos hacer en la Visita pastoral a las parroquias de la Ciudad de Alcalá, nos acompaña la imagen de la Virgen del Val, copia de la que se venera en la Catedral y que está en la Ermita de la Virgen.

Es normal que los fieles de esta parroquia vivan la devoción a la Virgen del Val y la propaguen. En esta Visita pastoral no podemos menos de pedirle a la Virgen que acompañe a esta comunidad, que viva entre nosotros y en nuestros corazones, que haga crecer nuestra esperanza y nuestro amor, que nos haga cristianos comprometidos.

Le pedimos también a la Virgen que nos haga vivir con gozo la fe; pues un buen cristiano debe ser alegre. No podemos ser cristianos tristes, pues no seríamos auténticos cristianos.

9. Vivir la devoción a la Virgen del Val es una ayuda necesaria. Cristo ha querido regalarnos a su Madre como Madre nuestra. La Virgen es venerada bajo muchas advocaciones. Los feligreses de esta parroquia provenís de muchos lugares de España y de fuera de España; y en vuestros lugares de origen se dan muy diversas advocaciones de la Virgen; pero nos referimos todos a la misma Madre.

Puesto que estamos en la Ciudad de Alcalá de Henares y en la Parroquia de la Virgen del Val, la advocación común, que aúna todas las demás advocaciones de los lugares de procedencia es la advocación de la Virgen del Val.

¡Que ella, nuestra Madre, nos haga cada vez más hermanos entre nosotros y mejores hijos suyos! ¡Que ella nos ayude a ser una auténtica comunidad cristiana!

10. Quiero agradecer a todos los fieles de esta parroquia vuestra vivencia y testimonio de la fe; sobre todo a los que estáis comprometidos en tareas parroquiales, como catequistas, voluntarios para limpiar y ornamentar el templo, “Caritas”, visitantes de enfermos, grupos de oración. A quienes que no podéis dedicar más tiempo a las actividades parroquiales deseo animaros a dar testimonio de la fe.

Agradezco a todos vuestra dedicación y entrega y os pido que sigáis respondiendo a la llamada del Señor. Quiero agradecer, sobre todo, el trabajo de vuestro párroco, Don José-Antonio, responsable de esta parroquia en estos últimos años, quien, con su estilo propio, os está ayudando a reencontraros con el Señor. También mi reconocimiento a Don Godofredo, sacerdote que colabora en esta misma parroquia; a ambos les agradezco su trabajo y su ministerio sacerdotal. Y a todos os animo a vivir, con alegría, la fe en nuestro Señor Jesucristo y la devoción a la Virgen del Val. Que así sea.

SAN DIEGO DE ALCALÁ

Catedral de Alcalá de Henares, 13 Noviembre 2007

Llamados a ser santos en la cotidianidad

Lecturas: 2 *Jn* 4-9; *Jn*, 15,12-17.

1. Hoy celebramos, estimados fieles, la fiesta de San Diego de Alcalá. Un santo, que vivió en nuestra Ciudad hace varios siglos; un cristiano, igual que nosotros, que supo vivir la santidad en su época; un franciscano, que consagró su vida al Señor, sirviéndole en los más pobres. La santidad no es sólo para unos pocos o para los fieles de determinadas épocas, sino que es una llamada del Señor a todos los hombres.

Los santos nos dan ejemplo de muchas cosas. San Diego, en su fiesta, nos da ejemplo de cómo ser santos en la cotidianidad, en la vida de cada día. Todos estamos llamados, pues, a ser santos, como dice el Concilio Vaticano II: “Todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 *Ts* 4,3; *Ef*, 1,4)” (*Lumen gentium*, 49). Como San Pablo nos ha recordado, Dios quiere que seamos santos y nos invita a ser santos. Todos los fieles, de cualquier condición y estado son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad (cf. *Lumen gentium*, 11). Y Dios nos conce-

de las gracias necesarias para ser santos; nuestra respuesta debe ser aceptar el don que él nos regala.

2. La santidad de la Iglesia se manifiesta incesantemente en los frutos de gracia, que el Espíritu Santo produce en los fieles. La santidad tiene sus frutos, como dijo el Señor: “*Por sus frutos los conoceréis*” (Mt 7, 16). Santidad y caridad van siempre unidas; no se puede ser santo sin vivir el amor.

En San Diego de Alcalá la santidad produjo unos frutos de amor y de caridad hacia los pobres. Frutos reconocibles y comprobables por los de su época. San Diego es un santo de la caridad; esto queda patente a los ojos de sus contemporáneos y ante nuestros propios ojos. Él vive la santidad desde la caridad a los más necesitados, desde el amor a los más pobres; ésta es la opción preferencial, que aparece siempre en la vida y ministerio de Jesús, el Hijo de Dios y se puede ver en los Evangelios.

La santidad se expresa de múltiples modos en todos aquellos que viven el amor al prójimo y el amor a Dios, como dimensiones complementarias de la misma realidad. Ahora nos podríamos preguntar: ¿Qué frutos damos nosotros en nuestra vida? ¿Nuestros contemporáneos y paisanos perciben en nosotros frutos de santidad, como los percibían los contemporáneos y paisanos de Diego de Alcalá?

3. San Diego vivió la santidad a través de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, que marcan, concretamente, la vida de especial consagración. Pero, cada cristiano, según su propia condición y vocación, como laico, religioso o sacerdote, está llamado a la santidad, que se manifiesta siempre unida a la caridad. San Diego dio “ejemplo de santidad con la caridad, humildad y sencillez de vida” (Concilio Vaticano II, *Christus Dominus*, 15), como expresión del amor a Dios y a los hombres; es decir, todo un programa de vida.

Como devotos de San Diego estamos llamados a vivir la santidad desde esas mismas coordenadas: en la caridad, en la humildad y en la sencillez de vida. Estamos llamados a obedecer la voz del Padre y adorarle en espíritu y verdad, siguiendo a Cristo pobre, humilde y cargado con su cruz. Todos podemos seguir este ejemplo y todos estamos invitados a seguir e imitar a Jesucristo.

4. Los textos bíblicos, que hemos escuchado, nos ofrecen unas pautas de cómo vivir la santidad, a la que estamos llamados los cristianos. En primer lugar, *aceptar y confesar a Jesucristo*.

Dice San Juan en su carta: «Muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien diga eso, ése es el seductor y el anticristo» (2 Jn 7). La santidad implica aceptar y confesar a Jesucristo, que debe ser reconocido como Dios y Hombre verdadero. Hemos de confesar a Cristo como nuestro Salvador y Redentor, como el único mediador entre Dios y los hombres. No se puede ser cristiano sin tener a Cristo como Señor y como Dios; así lo profesó Diego de Alcalá.

5. En segundo lugar, *vivir según la verdad*. Dice San Juan a la señora a quien dirige la carta: «Me alegré mucho al enterarme de que tus hijos caminan en la verdad, según el mandamiento que el Padre nos dio» (2 Jn 4). Jesucristo es la Verdad; él es la revelación de Dios al hombre, la Palabra que manifiesta la verdad de Dios. Jesucristo es, como dice Juan en su Evangelio, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9).

Vivir según la verdad significa vivir según Jesucristo. El programa de vida de un santo es Cristo; el santo no pretende hacer cosas interesantes o actividades altruistas; ése no es el objetivo de su vida. San Diego no se propuso, para ser santo, el repartir limosnas entre los pobres; no fue ése el programa de su vida; más bien su programa fue imitar a Jesucristo, quien le llevó a vivir la pobreza y la caridad.

6. En tercer lugar, *vivir conforme a los mandamientos*. San Juan, en su segunda carta, nos recuerda lo que es el amor: «En esto consiste el amor: en que vivamos conforme a sus mandamientos. Éste es el mandamiento, como lo habéis oído desde el comienzo: que viváis en el amor» (2 Jn 6).

El ejemplo es Jesucristo, que nos ha dicho: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13, 34-35).

El amor a Dios, pues, implica obediencia a sus mandamientos. Diego de Alcalá, religioso franciscano, si solamente hubiera dado limosna a los pobres y no hubiera cumplido los mandamientos de Dios, no habría sido discípulo de Jesucristo y no habría sido santo.

Apliquemos, cada uno de nosotros, a nuestra vida las exigencias que tiene el amor a Dios y vivamos conforme a los mandamientos de Dios en obediencia al Padre.

7. Y en cuarto lugar, *vivir la amistad con Jesús*. El Evangelio de hoy nos ha recordado que la llamada de Dios es lo primero: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Jn, 15,16).

En la santidad hay una llamada previa del Señor. No se trata de que uno quiera ser santo, de forma espontánea, o pretenda ser amigo de Jesús por propia voluntad. A veces planteamos la vida cristiana como un puro voluntarismo: “quiero ser, quiero hacer, quiero..., quiero...”, pero no es así; no es un empeño que nace de mí.

Cristo nos ha salvado, antes incluso de nuestra existencia en el mundo, y nos invita a ser santos. Quien toma la iniciativa es siempre Dios, no nosotros. Jesucristo, a través de su Iglesia, nos habla y nos invita a seguirle.

La elección ha sido del Señor, que nos invita a ser sus amigos: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn, 15,15). Jesucristo nos ha revelado el gran amor que Dios Padre nos tiene y nos ofrece su amistad.

8. En la carta de San Juan hemos escuchado hoy: «Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo» (2 Jn 9). Se nos invita, por tanto, a permanecer en la doctrina de Jesucristo y en la amistad con él.

San Diego de Alcalá vivió el camino de santidad. Llamado a ser santo, fue fiel a la invitación, que Dios le hacía. La invitación a la santidad le hizo pasar por las diversas pautas, que hemos comentado: *Aceptar y confesar a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador del mundo, vivir según la verdad, cumplir los mandamientos y disfrutar de la amistad de Jesucristo*.

Si nosotros renunciáramos a la amistad de Dios, nos jugaríamos, estimados hermanos, la felicidad eterna. Hemos de permanecer fieles hasta el final de nuestra vida; hasta que el Señor nos llame para participar, de manera plena, en su gloria. Ahora se nos pide fidelidad y permanencia en este compromiso. La santidad implica permanecer en el amor de Dios, que se expresa con gestos concretos de amor.

Respecto a la Fiesta de San Diego, vivir la santidad significa que no es suficiente celebrar esta fiesta y olvidarnos de Dios el resto de los días del año. El Señor desea que celebremos esta fiesta con gozo y alegría, y que nos ayude a asimilar la vocación, a la que estamos llamados todos los días de nuestra vida.

¡Que San Diego de Alcalá nos ayude a entender cuál es el camino de la santidad, al que estamos llamados todos! ¡Que él interceda por todos los fieles, para que cada uno, desde su vocación propia, pueda corresponder a la amistad que Jesucristo nos ofrece! Amén.

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

Catedral de Alcalá de Henares, 17 Noviembre 2007

Lecturas: *Sb* 18, 14-16; 19, 6-9; *Hch* 8, 26-40; *Sal* 104; *Lc* 18, 1-8.

Anunciar el Evangelio al hombre concreto

1. Prontitud del apóstol a la misión encomendada

1. “Recordad las maravillas que hizo el Señor”, hemos cantado en el Salmo. Hoy queremos recordar las maravillas, que el Señor ha hecho en Jesús-Javier, y pedirle que siga haciendo maravillas en él. Éste es el motivo de la Eucaristía, que estamos celebrando.

El Señor te llamó un día no muy lejano, estimado Jesús-Javier. Tenías tus planes personales; tu vida estaba encauzada hacia una profesión; tu proyecto de matrimonio iniciado. Pero el Señor pasó por tu vida y te llamó, como a los apóstoles (cf. *Lc* 6,13-16), como a Mateo detrás del telonio (cf. *Mt* 9,9), como a Felipe (cf. *Jn* 1,43-44), como a Pedro y Andrés (cf. *Mt* 4, 18-20), quienes dejando sus redes y su barca siguieron a Jesús.

El Señor, querido Jesús-Javier, te arrancó de tu telonio y de tu barca, y ahora te va a llevar por dónde él quiera.

2. Desearía comentar el texto de los *Hechos de los Apóstoles*, que narra la misión que le pide el Señor al apóstol Felipe. Éste ha seguido al Señor; ha aceptado su llamada, dejando sus proyectos personales.

El Señor, cumplida su misión en la tierra, ascendió al cielo; pero, previamente, constituyó a los apóstoles y los envió, para que realizaran la misión encomendada.

También el Señor te ha elegido, Jesús-Javier, para la misión que te tiene reservada. Te has preparado; has realizado los estudios pertinentes; has profundizado la fe; has madurado la vocación; has vivido la experiencia de Jesucristo resucitado, sin la cual no se puede ser apóstol ni enviado. Ahora le Señor te envía.

En primer lugar, vemos la prontitud del apóstol Felipe a la misión encomendada. El ángel del Señor habló a Felipe diciendo: «Levántate y marcha hacia el Sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto» (*Hch* 8, 26). Felipe se levantó y partió. Lo hizo sin rémoras, sin preguntas y sin susceptibilidades, obedeciendo el mandato del Señor: “Levántate y marcha”; Felipe se levantó y partió.

Hoy pedimos al Señor que te conceda la prontitud, para realizar la misión que Él te encomiende. Deseamos que, a partir de hoy, realices con prontitud y con diligencia todas las misiones que el Señor te encargue a través de la Iglesia.

2. Destinatario concreto del anuncio evangélico

3. Felipe es enviado a un etíope: «Y he aquí que un etíope eunuco, alto funcionario de Candaces, reina de los etíopes, que estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar, iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo el profeta Isaías» (*Hch* 8, 27-28).

Un primer dato es que el Señor lo envía a un destinatario concreto, a un etíope, probablemente de religión israelita, porque había ido a Jerusalén a adorar al Señor. Pero no era de Israel ni vivía allí, sino que era de Etiopía. Seguramente tendría una cultura distinta.

Un segundo dato del destinatario del anuncio evangélico es que se encontraba sentado su carroza. Cada persona contemporánea a nosotros, cada posible destinatario del Evangelio, cada uno de nosotros somos, individualmente conside-

rados, personas irrepetibles. Cada uno tiene sus propias circunstancias, su carácter, sus formas de pensar, sus ideas e, incluso, su forma propia de espiritualidad y religiosidad. Podríamos decir que cada destinatario del Evangelio va sentado en su propia carroza. A esa persona concreta es a quien hay que anunciar el Evangelio.

3. Acercarse al destinatario

4. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y ponte junto a ese carro. Felipe corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías» (*Hch 8, 29-30*). Al igual que al apóstol Felipe, el Señor te manda hoy a los destinatarios de nuestra sociedad y de nuestra época, que están sentados cada uno en su propia carroza, con su manera de ser y sus formas de religiosidad; tal vez algunos rechazan el hecho religioso.

El Señor te pide que te acerques a ese destinatario concreto, que va en su carroza, para anunciarle el Evangelio, al igual que el Espíritu le dijo a Felipe que se acercara al eunuco etíope (cf. *Hch 8, 29*). Es necesario entrar en la mentalidad de nuestro destinatario y hablarle en sus categorías culturales; no se puede tratar a un español como si fuera japonés, ni a un japonés como si fuera europeo, ni a un sudafricano como si fuera un esquimal. Si me permitís, tampoco se debe tratar a uno de Torrejón, de San Fernando o de Coslada, como si fuera un alcalaíno; y no porque haya una gran diferencia de ciudad a ciudad, sino porque cada uno escuchamos de modo diverso. No es igual anunciar el Evangelio a unas personas que a otras.

5. El apóstol Felipe constata que el etíope va leyendo un texto profético y le pregunta: «¿Entiendes lo que vas leyendo?» (*Hch 8, 30*); y le responde: «¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?» (*Hch 8, 31*). Podríamos pensar que es suficiente la lectura del texto bíblico; pero no lo es.

¿Qué necesita el etíope, para entender la lectura que está leyendo? Hace falta un testigo de Jesús; es necesario el testimonio de un creyente en el Hijo de Dios; se precisa alguien que haya tenido experiencia de la fe, para comunicarla y para explicarle al otro la experiencia de fe de la Iglesia.

6. Hoy son necesarios muchos cristianos, que expliquen, desde su experiencia y desde la fe de la Iglesia, lo que otros, aún leyéndolo, no entienden. Por eso el Señor te envía a esa gente, para que les expliques la sagrada Escritura.

El Papa Benedicto XVI pronunció en Verona un discurso, refiriéndose al destinatario del anuncio. Y decía: “Acercarse al destinatario y hablar su lenguaje, para que pueda entender, no significa que el evangelizador debe renunciar al contenido del mensaje y a su fuerza transformadora, sino que debe permitir que el Evangelio transforme el corazón de los oyentes y las culturas evangelizadas (...). La obra de evangelización no es nunca un simple adaptarse a las culturas, sino que es siempre también una purificación, un corte audaz que se convierte en maduración y sanación, una apertura que permite renacer a la «creatura nueva» (2 Co 5, 17; Gal 6, 15) que es el fruto del Espíritu Santo” (Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el IV Congreso Nacional de la Iglesia Italiana*, Verona, 19.X.2006).

7. El Señor, estimado Jesús-Javier, te pide desde hoy que te acerques a al destinatario, que va en su carroza. No renuncies al contenido del Evangelio y a la fe de la Iglesia; no rebajes la exigencia de la fe, para que pueda ser aceptada más fácilmente.

Hace unos días me decía una señora: “¿Por qué la Iglesia no se acomoda a los tiempos y cambia ciertas cosas, rebajando la exigencia moral? Si no lo hace, van a quedar muy pocos cristianos”. ¿Acaso puede la Iglesia renunciar al mensaje de Cristo? ¿Acaso debe rebajar las exigencias del Evangelio, siguiendo las modas de la sociedad, para que haya más seguidores? Aunque las modas de hoy vayan en contra del mensaje evangélico, no se puede cambiar tal mensaje.

Una cosa es acercarse a la carroza del destinatario, para explicarle el contenido del Evangelio; y otra cosa, muy distinta, es perder la propia identidad, para asemejarse al otro.

El evangelizador no puede rebajar el anuncio para asimilarse al destinatario. Pablo VI, en su encíclica *Evangelii nuntiandi*, hace ya bastantes años, dijo respecto a la evangelización de las culturas: “Posiblemente, podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes* (50), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios. El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vincula-

dos a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada” (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 20).

Hoy el Señor, a través del ministerio diaconal, te envía, estimado Jesús-Javier, a proclamar el Evangelio en medio de las culturas de nuestro tiempo. Pero el anuncio del Evangelio ha de ser íntegro, tal como lo hemos recibido del Señor, sin adulterarlo y sin manipularlo. Lo que hay que hacer es transformar la mentalidad del destinatario o las culturas a la luz del Evangelio. No se puede cambiar el Evangelio a la luz de las culturas, como piden hoy, por desgracia, muchos cristianos.

4. Explicar las Escrituras y anunciar la Buena Nueva

8. Otro aspecto de la misión del apóstol Felipe es explicarle al etíope lo que está leyendo. El libro de los *Hechos* dice: «El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: ‘Fue llevado como una oveja al matadero; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así él no abre la boca. En su humillación le fue negada la justicia; ¿quién podrá contar su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra» (*Hch* 8, 32-33).

El núcleo del mensaje evangélico es el anuncio del *kerygma*, propio de los discursos de los apóstoles, según el libro de *Hechos*: Cristo ha muerto y ha resucitado para nuestra salvación; ése es el núcleo fundamental. Jesús, el Hijo de Dios, ha dado su vida por amor, muriendo en la cruz por nosotros y resucitando al tercer día. Como conclusión se pide al oyente la conversión.

Después vendrán desarrollos y explicaciones de este núcleo fundamental, que hablarán de Dios Padre, del Espíritu, de los Sacramentos, de la Iglesia. Pero el núcleo fundamental es: Cristo ha muerto por nosotros y ha resucitado; Cristo vive; Cristo es nuestro Salvador. Éste es el *kerigma* que Felipe le explicó al etíope.

9. Felipe, partiendo de este texto de la Escritura, se puso a anunciarle al etíope la Buena Nueva de Jesús (cf. *Hch* 8, 35). Los Hechos de los apóstoles nos dicen que éstos «no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el templo y por las casas» (*Hch* 5, 41-42). Ése es el mandato que hoy vas a recibir, querido Jesús-Javier. Como los apóstoles, debes predicar la Palabra de Dios, anunciarla y darla a conocer a los hombres.

Tienes más tareas: ayudar en el altar, proclamar la Palabra en las celebraciones litúrgicas, bautizar y servir en los menesteres de caridad y en las actividades pastorales, que se te encomienden.

5. Bautizar en nombre de la Trinidad

10. El apóstol Felipe, después que el etíope había creído en Jesús, lo bautizó: «Siguiendo el camino llegaron a un sitio donde había agua. El eunuco dijo: «Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Y mandó detener el carro. Bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y lo bautizó» (*Hch* 8, 36-38).

También el bautismo es una de las tareas que te encarga hoy la Iglesia. Para bautizar hemos de ayudar al candidato a que profese la fe. Si es infante la deben profesar sus padres; si es adulto, la debe profesar él. Tras la predicación de la Buena Nueva, muchos oyentes piden el bautismo: «Cuando creyeron a Felipe que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres» (*Hch* 8, 12).

6. El recién bautizado sigue contento su camino.

11. El gozo del Espíritu llena el corazón del recién bautizado: «Y en saliendo del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió gozoso su camino» (*Hch* 8, 39).

Los destinatarios de tu evangelización, Jesús-Javier, desean escuchar el mensaje de Jesús de Nazaret, no tus palabras o tus ideas. Espero que después de haber escuchado la Buena Nueva se vayan contentos, porque el Espíritu les haya llenado de gozo. Ése será el signo por el cual sabrás que has hecho bien tu trabajo.

El etíope y al apóstol Felipe no se volvieron a ver. No debes pretender que los fieles se apeguen a ti, como amigos inseparables para toda la vida; probable-

mente no será así en muchos casos. No pretendamos que el destinatario de nuestro ministerio se vincule afectivamente a nosotros, que nosotros seamos su “diosecillo” o que nos convirtamos en el centro de su vida.

Ni los sacerdotes ni los diáconos deben pretender ganarse a los fieles para sí mismos, sino para el Señor; y estar dispuestos a no verlos nunca más, como le ocurrió a Felipe. Lo importante es que los fieles vayan a Jesús, que confíen en Jesús, que adoren a Jesús, que amen a Jesús, aunque no sean amigos del sacerdote o del diácono. Los sacerdotes tenemos la tentación de pretender que la gente “nos” quiera. Nuestra pretensión ha de ser que la gente ame a Jesús. Nuestro ministerio debe llevarlos a Jesús. El apóstol Felipe es un gran ejemplo: El eunuco y Felipe no se volvieron a ver.

7. Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a la mies

12. Veo muchos jóvenes en esta celebración. Es posible que el Señor les llame a la vida consagrada, al igual que a ti, Jesús-Javier; quizá alguno estará resistiéndose a la llamada y otros aún no la habrán oído; pero espero que la oigan.

Hemos de pedirle al Señor que mande obreros a su mies; que mande evangelizadores; que mande sacerdotes a su Iglesia y personas consagradas. Le pedimos también que haya buenos padres y madres de familia, que eduquen cristianamente a sus hijos.

13. Sabéis que este año estamos celebrando el Décimo Aniversario de la institución de nuestro Seminario diocesano, en el que se han educado varias generaciones de sacerdotes, algunos de los cuales están concelebrando hoy con nosotros.

Pidamos al Señor por nuestro Seminario, en su Décimo Aniversario; pidamos por nuestra Diócesis, para que en ella se viva realmente el Evangelio de Jesús.

Quizá deberíamos hacer como la viuda importuna, a la que el juez no le hacía justicia, como hemos escuchado en el Evangelio según san Lucas (cf. *Lc* 18,3). El juez estuvo mucho tiempo sin hacerle caso; pero la viuda volvía a insistir una y otra vez, hasta que, finalmente, cansado de las molestias de la viuda, se replanteó la situación: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importu-

name» (*Lc 18, 4-5*). Tal vez el Señor nos conceda nuevas vocaciones al sacerdocio, si se lo pedimos con insistencia.

14. La Virgen del Val, Patrona de la Ciudad de Alcalá, supo ser realmente una gran evangelizadora. No solamente habló de Jesús, sino que regaló al mundo a su Hijo Jesús, ofreciendo lo mejor que tenía. Supo ser fiel a la misión que el Padre le había encomendado.

La Buena Nueva es Jesucristo, el Hijo de Dios. ¡Que seamos capaces, al igual que María, de profesar la fe en Él y de darlo a los demás! ¡Que la Virgen te acompañe, Jesús-Javier, en esta nueva andadura que hoy comienzas por las ciudades de la Diócesis y del mundo! ¡Que el Señor te lleve, al igual que al apóstol Felipe, por dónde Él quiera! ¡Que tú le seas fiel y sepas transmitir objetivamente y con fidelidad el Evangelio que se te confía! Que así sea.

PARROQUIA DE SAN SEBASTIÁN MÁRTIR

Velilla de San Antonio, 18 Noviembre 2007

Lecturas: *Mlq* 3, 19-20; *2 Ts* 3, 7-12; *Lc* 21, 5-19.

1. Hemos escuchado la lectura del profeta Malaquías, que vivió unos quinientos años antes de Jesucristo. El pueblo de Israel había sido deportado por el rey Nabucodonosor, de Jerusalén a Babilonia. Al cabo de muchos años otro rey le permitió regresar a Jerusalén. El pueblo marchó con la ilusión de reconstruir el templo y sus casas, de trabajar su tierra y de volver a vivir otra vez en paz.

Pero pasaron varias décadas y las murallas de Jerusalén aún no estaban todas reconstruidas y no habían conseguido lo que ellos esperaban. Su esperanza no se había realizado. Muchos israelitas habían olvidado a Dios y no deseaban ya adorarlo; sus buenas costumbres se estaban deteriorando; habían perdido la ilusión y la esperanza. En ese momento histórico aparece el profeta Malaquías para animar y confortar al pueblo.

2. Es posible que nosotros nos encontremos, después de muchos avatares históricos, en momentos difíciles, casi sin esperanza. Pero hoy el profeta Malaquías, en este penúltimo domingo del Tiempo Ordinario, nos anima a la esperanza, al trabajo, a la fidelidad a Dios, a vivir la fe, a ser cristianos auténticos y comprometidos.

dos, a dar testimonio en nuestra vida, en la familia, en la sociedad, en el trabajo. Hoy es un día de esperanza.

El profeta Malaquías utiliza una imagen bonita, pero muy dura y fuerte, para explicar cómo serán tratados los que no vivan según Dios, los malvados; y también lo que sucederá a los que aman a Dios. Dice: «He aquí que viene el Día, abrasador como un horno; todos los arrogantes y los que cometen impiedad serán como paja; y los consumirá el Día que viene, dice el Señor de los ejércitos, hasta no dejarles raíz ni rama» (Ml 3, 19).

3. ¿Qué sucedería si pusiéramos paja dentro de un horno encendido a alta temperatura? Con toda seguridad, se quemaría y quedaría hecha cenizas.

Para los que no viven según Dios, el día del juicio será como un horno abrasador, donde todos los malvados serán como paja y se convertirán en cenizas. ¿Os imagináis que ahora el Señor nos metiera a todos los presentes en un horno, a muchos grados de temperatura?

Sin embargo, para quienes aman a Dios y al prójimo, el día del juicio será como un sol espléndido, que ilumina y sana. Los buenos serán como oro en crisol, que saldrán purificados y aquilatados. Si nosotros nos comportamos como el Señor nos pide, en el día del juicio no seremos como paja sino como oro. Queridos niños, ¿queréis ser como la paja o como el oro? ¿Y los mayores, cómo desean ser?

El Señor nos quiere recordar que llegará un día en que seremos juzgados según nuestras obras y comportamiento.

4. El Señor nos ha dicho que no podemos estar con los brazos cruzados, hasta que llegue ese día. Hay que trabajar; hay que rezar; hay que venir a Misa; hay que obedecer a los padres; hay que ser testigos de Jesús. En este sentido deseo tener presente el homenaje que acabamos de hacer a D. José-Antonio, vuestro párroco.

Durante muchos años, y de una manera callada, él ha estado trabajando, como una hormiguita, ofreciendo su vida al Señor. Él ha entregado su tiempo, sus energías y su salud, en favor de la Diócesis de Alcalá y de vuestra parroquia.

El Señor desea que cada día le alabemos, le demos gracias, le ofrezcamos nuestra vida y le pidamos por nuestras necesidades. Los padres se dedican en todo momento a sus hijos, de día y de noche, como bien sabéis. Los sacerdotes dedican su vida a la parroquia.

5. D. José-Antonio no ha querido comunicaros el nombramiento que el Papa le ha otorgado, como reconocimiento a su labor pastoral y a su dedicación en la Secretaría general de la Curia diocesana. Pero, era un deber nuestro comunicároslo y ofrecerle este homenaje; porque no es sólo un reconocimiento para él, por su dedicación a la Parroquia y a la Diócesis, sino que es también un reconocimiento para vosotros; ya que, mientras él estaba trabajando en el Obispado por las mañanas, no podía atenderos. A él le agradecemos con todo cariño su labor callada y le ofrecemos este homenaje.

Pero deseo agradeceróslo también a vosotros. Durante todos estos años habéis estado colaborando para que la Diócesis de Alcalá creciera, porque aún es muy joven; sólo tiene dieciséis años. Muchas gracias, pues, a todos vosotros, por haber sido comprensivos con la situación de vuestro párroco.

6. Hoy celebramos el “Día de la Iglesia Diocesana”. Somos muchas comunidades cristianas las que formamos nuestra Diócesis. Además de Velilla de San Antonio, hay muchos pueblos que pertenecen a la Diócesis de Alcalá de Henares.

Hemos de tener conciencia de que somos una Diócesis, compuesta por muchos miembros y comunidades. Somos como los vasos comunicantes, unidos por una base común, que se llenan todos simultáneamente; lo que se echa en uno de ellos se distribuye para todos. La santidad de los fieles de esta Parroquia de San Sebastián repercute en bien de otros fieles de otras parroquias. Si sois buenos cristianos y dais testimonio de la fe, eso ayuda a toda la Iglesia.

7. La comunicación cristiana de bienes se refiere a todos los niveles: espiritual, humano e incluso económico. Vosotros tenéis un templo muy bonito, que, junto con Don José-Antonio levantasteis hace muchos años. Hoy existen otras parroquias que aún no tienen templo. Por eso, hay que ayudar a que otros lo tengan, o puedan restaurar el que tienen.

El Día de la Iglesia Diocesana tiene como objetivo que tomemos conciencia de que somos Iglesia y que compartamos lo que somos y lo que tenemos.

Ya os habrá explicado vuestro párroco la nueva situación de la Iglesia católica en España respecto al sostenimiento económico: Independencia total del Gobierno y autonomía. Las necesidades de la Iglesia las hemos de cubrir los católicos, sin ayuda del Estado; poca era, pero ha desaparecido.

También pueden ayudarnos, aunque no sean católicos, los que valoran lo que hace la Iglesia: el trabajo con los emigrantes, la ayuda a los enfermos y a los más pobres, la creación y promoción de la cultura. En estas semanas se está haciendo una campaña sobre el sostenimiento económico de la Iglesia católica en televisión y en otros medios de comunicación.

Lo importante es que todos los cristianos formamos parte de la Iglesia y somos como vasos comunicantes. No podemos estar tranquilos, aunque tengamos un buen templo, cuando hay otros cristianos que aún lo no tienen.

8. Os doy una buena noticia: Ayer, en la Catedral de Alcalá, ordené a un Diácono, quien, si Dios quiere, será ordenado sacerdote a final de curso. Le pedimos al Señor que nos concede buenos y santos sacerdotes; si no se ordenan nuevos sacerdotes, corréis el riesgo de quedaros sin párroco. Quiero que os deis cuenta de lo importante que es esto.

Hemos de rezar, para que el Señor nos regale nuevos sacerdotes. Las familias han de crear un ambiente propicio, para que los hijos puedan responder con generosidad al Señor.

En el Día de la Iglesia Diocesana, pedimos al Señor por la Diócesis y también por toda la Iglesia.

¡Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, interceda por nosotros, para que vivamos con gozo y generosidad el ser miembros de la Iglesia! Amén.

OTROS ACTOS

ORDENACIONES

- El día 17 de noviembre de 2007, en la Santa e Insigne Iglesia Catedral-Magistral de los Santos Justo y Pastor, el Obispo de Alcalá de Henares, S.E.R. Jesús Catalá Ibáñez confirió el sagrado Orden del Diaconado al seminarista de esta Diócesis: D. Jesús Javier MORA ARREOLA.

CONFIRMACIONES

- Día 10. Confirmaciones en la parroquia de San Andrés Apóstol (Fuentidueña). Vicario general: Florentino Rueda.
- Día 10. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro Apóstol (Camarma). Vicario episcopal: Javier Ortega
- Día 11. Confirmaciones en la parroquia de la Purificación de N^{ra} S^a (San Fernando). Vicario general: Florentino Rueda.
- Día 17. Confirmaciones en la parroquia de San Juan Bautista (Arganda). Vicario general: Florentino Rueda.
- Día 18. Confirmaciones en la parroquia de San Vicente Mártir (Paracuellos). Vicario general: Florentino Rueda.
- Día 24. Confirmaciones en el Centro Penitenciario (Alcalá-Meco). Vicario general: Florentino Rueda.
- Día 24. Confirmaciones en la parroquia de San Bartolomé (Alcalá). Vi-

cario general: Florentino Rueda.

- Día 24. Confirmaciones en la parroquia de Santiago Apóstol (Torrejón).

Vicario episcopal: Javier Ortega.

- Día 25. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro (Catedral-Alcalá).

Vicario general: Florentino Rueda.

- Día 25. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro y San Pablo (Coslada). Vicario episcopal: Florentino Rueda.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- Rvdo. D. Jesús TRANCÓN PÉREZ, Capellán del Monasterio de MM. Clarisas de San Juan de la Penitencia, en Alcalá de Henares. 02/11/2007.
- Rvdo. D. Alberto SANTALICES MARTÍNEZ, Instituto de Hermanas Mercedarias de la Caridad en Alcalá de Henares, 02/11/2007.
- Rvdo. D. José María SANCHEZ DE LAMADRID, Juez Diocesano de los Tribunales Eclesiásticos, 30/11/2007
- Hna. María Isabel CANDELA DAVÓ, Promotora de Justicia de los Tribunales Eclesiásticos, 30/11/2007

DEFUNCIONES

- El día 21 de noviembre de 2007 falleció en Dña. Isabel DORADO POLO, madre de Ilmo. y Rvdmo. D. Pedro Luis Mielgo Torres, Vicario Episcopal de nuestra Diócesis.

-El día 23 de noviembre de 2007 falleció D. Miguel LÓPEZ VERA, padre del Rvdo. D. Arturo López Nuche, Párroco de la parroquia de San Pedro y San Pablo en Coslada.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día veinte de noviembre de 2007, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal, correspondiente a este mes, que consistió en un retiro espiritual.

Tras el rezo de la Hora Intermedia, comenzó el retiro que fue dirigido por el Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Pablo Domínguez Prieto, Decano de la Facultad S. Dámaso, de Madrid. A lo largo de dos meditaciones presentó algunos puntos que ayudaron a reflexionar sobre la espiritualidad sacerdotal. Después de momentos de silencio y oración personal, ya en la Capilla, se expuso el Santísimo Sacramento para la adoración y oración en común.

A las 13.30 concluía el retiro. Tras dar algunas informaciones de interés general, tuvo lugar la comida en un ambiente de fraternidad.

CRÓNICA DE LA IV ASAMBLEA DIOCESANA DE FAMILIAS

El 24 de Noviembre, presididos por el Ilmo. Sr. D. Florentino Rueda Recuero, se celebró en el Paraninfo del Obispado de Alcalá de Henares la IV Asamblea Diocesana de Familias, con la participación de más de doscientas personas representantes de todas las parroquias de la Diócesis. El acto comenzó a las 16.00h.

Después de la oración inicial que prepararon algunos matrimonios pertenecientes al Verbum Dei, se proyectó en video una importante intervención del Sr. Obispo, D. Jesús, que marcó las líneas generales de hacia dónde debe ir en los momentos actuales nuestra Diócesis.

Al finalizar la entrevista, se dividieron por Arciprestazgos, para elegir representantes donde faltara, y para responder a las sugerencias que D. Jesús había realizado. De ese debate han salido diferentes líneas de actuación que irán plasmándose a lo largo de este y de cursos sucesivos:

- Cursillos prematrimoniales;
- Grupos de matrimonios;
- Movimiento diocesano.

Terminada la reunión por grupos, volvimos al Paraninfo donde pusimos en común las diferentes aportaciones de cada Arciprestazgo.

A continuación, D. Jaime Urcelay, jurista y presidente de “Profesionales por la ética” intervino de un modo brillante en defensa del derecho de los padres a elegir la educación que deseen para sus hijos, tarea que sólo a nivel subsidiario puede recaer en manos del Estado. Sugirió como camino de defensa de ese derecho inalienable, la objeción de conciencia ante la famosa asignatura Educación para la ciudadanía (EpC) como respuesta -políticamente- más viable, dentro del abanico de legítimas actuaciones.

Finalizó el acto con unas palabras conclusivas del D. César Alzola García, Director del Secretariado de Familia y Vida, a las 20.00h.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO NOVIEMBRE 2007

Días 1-3. Viaje a Roma.

Días 4-5. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 6. Visita pastoral a la parroquia de Virgen del Val (Alcalá).

Día 7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Por la mañana, Reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Virgen del Val (Alcalá).

Día 9. Concelebra en la Eucaristía y participa en la procesión, con motivo de la Fiesta de la Almudena (Madrid).

Día 10. Visita pastoral a la parroquia de Virgen del Val (Alcalá).

Día 11. Por la mañana, preside la Misa estacional, con motivo de la Visita pastoral a la parroquia de Virgen del Val (Alcalá).

Por la tarde, preside la Eucaristía en el Monasterio de Clarisas de San Diego (Alcalá).

Día 12. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 13. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la Eucaristía con motivo de la fiesta de San Diego de Alcalá (Catedral-Alcalá).

Día 14. Reunión de arciprestes (Perales).

Día 15. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, celebra la Eucaristía y mantiene un encuentro con los miembros de Pastoral Universitaria (Facultad de Medicina-Alcalá).

Día 16. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, visita un enfermo en el Hospital (Madrid).

Día 17. Ordenación de Diáconos (Catedral-Alcalá).

Día 18. Por la mañana, celebra la Eucaristía en la parroquia de San Sebastián Mártir (Velilla de San Antonio).

Por la tarde, bendice el altar y administra del sacramento de la Confirmación en la parroquia de la Inmaculada Concepción (Valdeolmos).

Días 19-22. Participa en la Asamblea plenaria de la Conferencia episcopal española (Madrid).

Día 23. Audiencias.

Días 24-26. Viaje a Roma con motivo de la creación de Cardenales.

Día 27. Audiencias.

Día 28. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 29. Por la mañana, reunión del Consejo de Presbiterio.

Por la tarde, preside el Acto cultural con motivo del décimo Aniversario del Seminario diocesano (Antiguo Hospital de Santa María la Rica-Alcalá).

Día 30. Audiencias.



La vida del Beato Faustino es un auténtico ejemplo de fidelidad a la vocación que había recibido del Señor. En su larga trayectoria escolapia, con sus casi cincuenta años dedicados a la educación, tuvo que ser profesor de muchas asignaturas, destacando sobre todo como profesor de Ciencias Naturales. Fue un trabajador incansable que sabía prepararse cada día con tesón para desempeñar su misión educadora porque estaba convencido, como él mismo decía, de que “quien hace voto de enseñar lo hace también de aprender”. Vive su consagración a Dios en la entrega a los niños y a los jóvenes con preferencia a los más pobres y necesitados. La escuela se convierte para él en un lugar de encuentro con Dios, es su campo de evangelización, en el que, como buen pastor, sigue a Jesucristo y hace presente su amor, conociendo a sus ovejas y dando la vida por ellas. El P. Faustino estaba seguro de que el mejor camino para renovar la sociedad y contribuir a la felicidad de las personas era la educación a la que él consideraba “la obra más noble y la más sublime del mundo porque abraza al hombre entero tal como Dios lo ha concebido”. Verdaderamente sólo podemos hablar de educación auténtica cuando ésta se dirige al hombre en su totalidad, teniendo en cuenta todas sus dimensiones y necesidades y considerando, sobre todo, su vocación trascendente, como hijo de Dios, objeto del mayor respeto y dignidad y llamado a vivir en plenitud su condición humana, según el modelo de Jesucristo. El P. Faustino, como sabemos muy bien, fue un hombre de grandes dotes científicas y supo poner sus estudios y su talento al servicio del que sufre la enfermedad. Como el buen samaritano, que recorre los caminos con mirada atenta no pasó de largo ante el dolor físico de sus hermanos los hombres y supo derramar sobre los enfermos el aceite del amor y de la ciencia para aligerar sus padecimientos.

Realmente el P. Faustino fue un hombre al que sólo Dios llenó su corazón. Su camino en este amor se orientó entregando su vida a los niños y a los jóvenes. Sus discípulos, los pobres, los enfermos y cuantos acudían a él experimentaron la bondad de su alma. Él sabía que la vida era un don recibido de Dios, pero un don para darlo generosamente. Y así lo hizo durante toda su vida, confiando en Dios y dejando que fuera Él quien le llevara de la mano. Una de sus frases preferidas era: “dejemos obrar a Dios que Él sabe muy bien lo que nos conviene”

Siguiendo las huellas y el carisma del Beato Faustino, a lo largo de estos cien años, la Congregación de las Hijas de la Divina Pastora ha continuado y continúa con entusiasmo esta gran labor educativa. Hoy nos sentimos felices al conmemorar este aniversario y recordamos con gratitud a todas las hermanas que han entregado su vida al servicio de la educación de la juventud, así como a esa gran

multitud de profesores, padres, alumnos y personal no docente que han colaborado con ellas en esta importantísima misión.

Es también un momento para pedirle a Dios que nos dé fortaleza y lucidez para seguir adelante en esta gran tarea de la educación haciendo que nuestros escuelas católicas sepan afrontar con valentía y espíritu evangélico los nuevos retos que nos plantea la cultura y el modo de vivir que hoy nos invade, con sus luces y sus sombras.

La Escuela Católica tiene en nuestros tiempos una especial relevancia y su atención y cuidado afecta a la Iglesia entera y su relación con la sociedad, así como sus objetivos y sus planteamientos educativos, hemos de vivirlos con espíritu de profunda comunión eclesial. De esta manera hemos de ir consiguiendo entre todos que en nuestros Centros Católicos sean los valores cristianos los que inspiren la enseñanza de todas las disciplinas, así como el conjunto de toda la actividad educativa teniendo muy presente que el fundamento de todos los valores es la persona misma de Jesucristo, en quien nos ha sido revelado no sólo el Misterio de Dios, sino también el Misterio de la persona humana. Sólo a la luz de Jesucristo adquieren su pleno sentido valores tan esenciales como el valor de la vida humana, el valor de la libertad y el valor de la familia.

Invito a padres, profesores y alumnos a seguir el espíritu del P. Faustino, colaborando con las religiosas en el cumplimiento fiel del ideario de este Colegio. Que el ideario sea algo vivo, permanentemente actualizado y plenamente asumido por toda la Comunidad educativa. Ciertamente toda la comunidad educativa, no solo las religiosas, ha de sentirse responsable de la realización práctica del proyecto educativo cristiano.

Os animo a todos a cuidar de una manera especial la enseñanza de la Religión y de la Moral católica, como me consta que ya lo hacéis, sabiéndose adaptar a los diversos niveles de fe y de cultura religiosa de los alumnos y trabajando muy en sintonía con las orientaciones de la Iglesia. Y, por supuesto, sin perder de vista que la educación de la fe en un Centro Católico ha de desarrollarse con diversas actividades pastorales adaptadas a las características de cada alumno. En este tipo de actividades la participación de las familias es esencial.

Pensad especialmente que toda actividad pastoral tiene que ayudar a un verdadero encuentro personal con Jesucristo. Vivimos momentos en los que no

podemos andar con ambigüedades, con miedos o con falsos respetos humanos, quedándonos simplemente con cuestiones morales, o éticas, más o menos acomodadas al ambiente cultural dominante.

Decía Benedicto XVI a los jóvenes en la Jornada Mundial de Colonia: “En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo marche igualmente sin Él. Pero al mismo tiempo existe también un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos (...) Y junto al olvido de Dios existe un boom de lo religioso (...) La religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que gusta (...) Pero la religión buscada a la “medida de cada uno” a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en los momentos de crisis nos abandona a nuestra suerte. Ayudad a los hombres a descubrir la verdadera estrella que indica el camino: ¡Jesucristo!”

Vivimos momentos en los que es necesario ir a lo esencial. No podemos quedarnos en cosas superficiales, que están muchas veces a merced de la moda. Tenemos que ir a lo esencial y lo esencial es el encuentro personal con Jesucristo, Salvador y Redentor del hombre: un encuentro con Jesucristo que cambie la vida. Y para eso es necesario ofrecer en nuestros Colegios:

- * Una iniciación en la oración y en la vida sacramental, especialmente en la Eucaristía.

- * Un conocimiento vivo de la Palabra de Dios.

- * Un gran amor a la Iglesia: con auténticas experiencias eclesiales (encuentros, convivencias, ejercicios espirituales, relación con otras comunidades eclesiales, participación en actividades diocesanas ...).

El concilio Vaticano II nos decía (cf. G.S. 8) que es preciso tener claro que la Escuela Católica, lo mismo que las otras escuelas, persigue fines culturales y la formación humana de los jóvenes, pero tiene unas notas características que resume en tres puntos:

- * Crear un ambiente de comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de amor.

- * Ayudar a los jóvenes a que al mismo tiempo que se desarrolla su propia persona crezcan según la “nueva criatura” en la que por el bautismo se han convertido.

- * Ordenar toda la cultura humana al anuncio de la salvación de modo que el conocimiento que gradualmente van adquiriendo los alumnos sobre el mundo, la vida y el hombre sea iluminado por la fe.

Nos encomendamos especialmente en este día a la Virgen María, Divina Pastora, Madre del Buen Pastor: que ella que tuvo la misión de ayudar a su Hijo, en el hogar de Nazaret, a crecer en edad, sabiduría y gracia, nos enseñe a ser educadores que, dóciles a las sugerencias del Espíritu, sepamos conducir a nuestros niños y jóvenes hacia Aquél que es la plenitud de la Verdad y del Amor y en Él encuentren respuesta a sus preguntas y la felicidad que tanto anhelan. Amen.

Homilía de D. Joaquín M^a, Obispo de Getafe,
con motivo de la TOMA DE POSESIÓN
DEL NUEVO PÁRROCO DE
SAN CARLOS BORROMEO (Villanueva de la Cañada),
el 4 de noviembre de 2007

Coincidiendo con la fiesta de S. Carlos Borromeo, titular de esta nueva parroquia de Villanueva de la Cañada, estamos celebrando la inauguración solemne del ministerio pastoral del Párroco D. Gonzalo y de su vicario parroquial D. Carlos (que hoy celebra su santo). Es un momento de acción de gracias y de oración en el que hemos de pedir al Señor que nos ayude a comprender el valor y la importancia del sacerdocio ministerial, a través del cual se nos muestra el rostro de Jesucristo, Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas.

S. Carlos Borromeo, obispo de Milán, en pleno siglo XVI fue un pastor admirable en medio de su pueblo: visitó varias veces toda su diócesis, convocó sínodos, decretó muchas disposiciones orientadas a la salvación de las almas y fomentó, en gran manera, las costumbres cristianas. Se preocupó mucho de la santificación de los sacerdotes y en uno de sus sermones, que recoge la Iglesia en la liturgia de las horas, les decía unas palabras, que hoy quiero hacer mías y dirigírselas con todo mi afecto a Gonzalo y a Carlos: “Si administras los sacramentos hermano, medita lo que haces; si celebras la Misa, medita lo que ofreces: si recitas los salmos medita a quien hablas y qué es lo que hablas; si diriges las almas, medita con qué

sangre han sido lavadas, y así todo lo que hagas, que sea con amor. De esta manera venceremos fácilmente las innumerables dificultades que inevitablemente experimentamos cada día (ya que esto forma parte de nuestra condición) y así tendremos fuerzas para dar a luz a Cristo en nosotros y en los demás”. Esta es la misión del sacerdote: dar a luz a Cristo en nosotros y en nuestros hermanos, engendrar a Cristo en nosotros y en aquellos que la Iglesia nos confía, que Cristo viva en nosotros y en todos aquellos que, por nuestro ministerio, entren en relación con nosotros. Las dos realidades van unidas: la vida de Cristo en nosotros sacerdotes, en nuestros pensamientos, en nuestras acciones, en nuestros deseos, y la vida de Cristo en los demás. Es imposible hacer que Cristo viva en los demás, si Cristo no vive en nosotros.

La primera lectura de hoy, del libro de la Sabiduría, nos habla de la universalidad del amor divino. El amor divino llena todas las cosas. “Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho. Si hubieras odiado alguna cosa no la habrías creado. Y ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieras querido? ¿Cómo conservaría su existencia si tú no las hubieras llamado? Pero a todos perdonas porque son tuyos, Señor, amigo de la vida. En todas las cosas está tu soplo incorruptible” (Sab11, 23-12.2). El libro de la Sabiduría nos invita a vivir seguros y llenos de confianza sabiendo que el amor divino sostiene nuestra vida; nos invita a sentirnos bajo el cobijo amoroso y providente de un Dios amigo del hombre y fuente inagotable de una vida sin fin. El amor de Dios ha sido el único móvil de la creación. Vivimos bajo la mirada amorosa y misericordiosa de Dios. Así lo hemos manifestado en el salmo que hemos rezado, después de la primera lectura: “El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad. El Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas” (S 144).

El drama del hombre consiste en apartarse de esa mirada amorosa de Dios. Ese drama del hombre viene expresado hoy en el evangelio en la figura de Zaqueo (cf Lc 19, 1-10). Zaqueo vive fuera de esa mirada amorosa de Dios: sólo se mira a sí mismo. Y por eso, a pesar de tener muchos bienes, Zaqueo se siente insatisfecho: es un hombre solitario y desconfiado, un hombre que tiene la conciencia endurecida y ha sido capaz de defraudar y engañar a mucha gente. Zaqueo no es feliz, se siente mal, está vacío.

La noticia de la llegada de Jesús a Jericó y, sobre todo, el rumor que se corre ya por toda la ciudad de que Jesús ha curado a un ciego de nacimiento, le conmueve interiormente y siente un deseo inmenso de ver a Jesús. Zaqueo también

se siente ciego y necesita que alguien le abra los ojos del corazón y le ayude a comprender que sólo el amor y la apertura generosa a los demás puede llenar la vida.

Y, a partir de este momento, se va a iniciar en Zaqueo todo un camino de conversión que culminará en un encuentro personal con Jesucristo y en un cambio de vida radical. En las distintas secuencias de la conversión de Zaqueo podemos ver un paradigma de lo que es la conversión. Y podemos descubrir también, en el modo cómo Cristo trata a Zaqueo un modelo de la misión de la Iglesia y, dentro de ella la misión del sacerdote.

El evangelio describe este encuentro en cuatro momentos o secuencias:

1.- En un primer momento el evangelio nos dice que el encuentro no es fácil. Zaqueo tiene que vencer muchas resistencias: “Zaqueo trataba de ver quien era Jesús, pero la gente se lo impedía”. Hay muchos obstáculos entre nosotros y Jesús. Hay obstáculos interiores, dentro de nosotros: resistencias, temores, miedos, inercia de una vida quizás demasiado acomodada o de unas costumbres y unos hábitos que nos encadenan y nos quitan libertad; está también la comodidad, la dejadez, la pereza, la pasividad. Muchas veces estamos convencidos de que tenemos que cambiar, de que hay cosas en nuestra vida que tenemos que arreglar, pero no nos atrevemos y lo vamos dejando y nunca encontramos el momento oportuno para empezar. Y junto a estos impedimentos de orden interno, están los impedimentos externos del ambiente. Realmente vivimos en un contexto cultural que, en ocasiones, hace muy difícil el camino de la fe: un contexto cultural muy alejado de Dios, sobre todo en el ámbito de las instituciones públicas, en el que parece que lo normal no es ser creyente (a pesar de que el ochenta o el noventa por ciento de la sociedad, según las encuestas, se considera creyente), sino agnóstico. Y unido a esto las dificultades que vienen de un ambiente individualista y de nuestras preocupaciones, nuestro ritmo de vida, nuestra actividad, nuestras preocupaciones o nuestros prejuicios sobre la Iglesia.

Zaqueo, como nosotros, tiene grandes dificultades para ver a Jesús. Pero Zaqueo “corrió adelante y se subió a una higuera para verlo”. Si queremos, de verdad, ver a Jesús, hay que poner los medios, como los puso Zaqueo: situarnos en un lugar elevado, ver un panorama más amplio, no quedarnos a ras de suelo.

2.- Pero en este encuentro de Zaqueo con Jesús, vemos, y éste es el segundo punto a considerar, que, ante la sorpresa de Zaqueo, la iniciativa la toma

Jesús: “Jesús levantó los ojos y dijo: Zaqueo baja enseguida porque hoy tengo que alojarme en tu casa”. Ciertamente Jesús quiere alojarse en nuestra casa, quiere entrar en nuestras vidas, está deseando curar nuestra ceguera y hacernos comprender la grandeza de su amor y la misión maravillosa que quiere confiarnos a cada uno de nosotros. En todas las páginas del evangelio podemos ver este deseo de Jesús de llegar al corazón de todos. Y este deseo de Jesús es también el deseo de la Iglesia. Y éste el deseo que debe llenar la vida de todos los que han sido llamados por Cristo para representarle sacramentalmente como pastores de su pueblo. Es el deseo de la evangelización, el deseo de la misión. La Iglesia tiene que ser misionera y, como el buen pastor debe buscar a las ovejas perdidas, que como Zaqueo sienten su corazón vacío y desean que alguien les muestre la luz. Como Jesús, Buen pastor, el sacerdote debe “levantar los ojos”, debe extender su mirada más allá de los que tiene a su alrededor para mostrarles, con espíritu misionero, el deseo de Cristo de “alojarse en su casa”. Esta nueva parroquia, que va creciendo por momentos y que seguirá creciendo, está llamada a ser un faro luminoso que oriente la mirada de todos hacia Cristo, fuente inagotable de amor; está llamada a crear un nuevo pueblo que alabe a Dios y ayude a los hombres a descubrir el verdadero sentido de sus vidas.

3.- El encuentro con Jesús produce una inmensa alegría: “Él bajó en seguida y lo recibió muy contento”. El signo más claro de la presencia de Cristo en nuestras vidas es la alegría: “Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros”. Es la alegría de sentirse amado. Es la alegría de sentirse reconocidos por Alguien que sabemos que nunca nos va a fallar: una alegría que nos llena de fortaleza, que despierta en nosotros unas energías que nos van a hacer capaces de realizar cosas que nos parecían imposibles.

4.- El encuentro con Jesús cambia la vida: “La mitad de mis bienes se la doy a los pobres y si he defraudado a alguno, le restituiré cuatro veces más”. La señal de una conversión auténtica es que no nos deja indiferentes. Siempre se traduce en un nuevo modo de vivir.

Ponemos en manos de la Virgen María esta nueva Parroquia y a sus sacerdotes y a todos los que con ellos vayan edificando este nuevo templo espiritual. Ella es la imagen más auténtica de la verdadera Iglesia: una Iglesia orante, dócil al Espíritu y servidora de los hombres.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

D. Carlos Casaseca Ferrero, de la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2007.

D. Jaime Yerena Carrasco, de la Parroquia San José Obrero, en Móstoles, el 1 de septiembre de 2007.

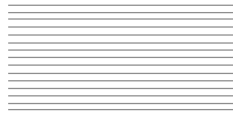
OTROS

D. Andrés Calonge Berzunces, Delegado Diocesano de Migraciones, el 1 de noviembre de 2007.

DEFUNCIONES

D. Francisco Correas García, tercero de siete hermanos, uno de ellos, el sacerdote D. Tomás Correas, que fue Párroco de Valdelaguna durante 17 años, falleció en Madrid, el 13 de noviembre de 2007, a los 86 años de edad.

M M^a de los Ángeles Fuente Amo, falleció el día 19 de noviembre en el Convento de las Clarisas Franciscanas, en Griñón a los 97 años, después de 81 años de profesión religiosa. Era de Tapia de Villadiego (Burgos).



Conferencia Episcopal Española

XC ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA 22 de Noviembre de 2007

Exortación Pastoral con Motivo del 40 Aniversario de la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI y en el 20 Aniversario de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II

I.- Gozoso aniversario

1.- Celebramos con gozo, en este año 2007, el 40 aniversario de la publicación de la *Encíclica «Populorum Progressio»* de Pablo VI (26 de marzo de 1967), que coincide con el 20 aniversario de la Encíclica *«Sollicitudo Rei Socialis»* de Juan Pablo II (30 de diciembre de 1987). Se trata de dos documentos relevantes del Magisterio social de la Iglesia.

Efectivamente, la Encíclica *Populorum Progressio* sigue sorprendiéndonos por su gran actualidad. Los temas vertebradores de su enseñanza giran alrededor del desarrollo integral del ser humano y de los pueblos de la tierra; la llamada a dar respuesta a los retos que desafían a la justicia internacional y el compromiso de la Iglesia ante este desarrollo ejerciendo como abogada de los pobres; y que las

personas sean artífices de su propio desarrollo. Las directrices de acción encaminadas a resolverlos continúan siendo hoy los grandes temas de la justicia social internacional. Su luminosa directriz «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz»¹ es de plena vigencia. Siguiendo en la misma línea, la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* destaca el carácter moral del verdadero desarrollo y afirma que la paz es fruto de la solidaridad².

Por esta razón queremos conmemorar y celebrar este aniversario, de manera que pueda contribuir a subrayar algunas de sus enseñanzas que nos parecen más necesarias en el momento actual. Siguiendo a Benedicto XVI, destacamos como prioridades la vivencia de la comunión eclesial y la misión evangelizadora en el mundo. Así lo ha subrayado el actual Papa en su primera Carta encíclica *Deus Caritas est*, al indicar que la misión de la Iglesia en el mundo consiste en mostrar el amor de Dios a la humanidad a través del amor de los cristianos en la vida diaria.

2.- La proclamación del Evangelio, que es parte esencial de la misión eclesial, se realiza mediante el «testimonio y la palabra». La celebración del 40 aniversario nos permite unir la *palabra* de la enseñanza social de la Iglesia y el *testimonio* de las comunidades e instituciones eclesiales al servicio de la acción caritativa y social.

No queremos que pase este acontecimiento sin manifestar a las comunidades cristianas y, también a toda la sociedad, nuestra memoria agradecida del pasado, nuestro compromiso decidido ante los retos del presente y nuestra mirada serena hacia el futuro.

II.- Conocimiento y reconocimiento por la Doctrina Social de la Iglesia

3.- Sentimos un agradecimiento por el pasado. La Iglesia, ya desde sus orígenes, siguiendo la enseñanza de la Palabra de Dios y, después, de los Santos Padres, desarrolló y puso en práctica su doctrina social. También en nuestros días anticipó su mirada hacia la globalización del mundo contemporáneo, mucho antes de que gran parte de la sociedad tomara conciencia de la magnitud del fenómeno de la mundialización y la globalización, fruto de los movimientos económicos, sociales, políticos y culturales de la humanidad.

¹ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 76.

² JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 39.

4.- ¿Cómo no recordar de manera agradecida la preciosa definición de Pablo VI sobre el «verdadero desarrollo»? «Es el paso, para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas»³. Pero el desarrollo —añade el Papa— no se reduce a un simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, que debe promover a todos los hombres y a todo el hombre; debe ayudar a pasar de situaciones menos humanas (como son) las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (cf. *Mt* 5, 3), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres⁴.

5.- La Enseñanza Social de la Iglesia, desde la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) hasta la publicación de *Deus Caritas est* de nuestros días, ha seguido un proceso de evolución significativo y esperanzador: si el punto de partida fue la cuestión *obrera*, luego se pasó a la cuestión *social* y ahora se aborda la cuestión *mundial*. El Concilio Vaticano II asumió esta enseñanza social y la situó en el conjunto de la doctrina y de la acción pastoral de la Iglesia en el mundo, justamente en uno de sus documentos más emblemáticos como es la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (1965). Los documentos posteriores al Concilio han elaborado una doctrina social encaminada a dar respuesta a la complejidad de la cuestión mundial⁵.

³ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 20.

⁴ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 21.

⁵ Entre los documentos clave podemos recordar: *Quadragesimo anno* (1931); *Populorum Progressio* (1967); *Octogesima Adveniens* de PABLO VI (1971); *La Justicia en el Mundo* del SÍNODO DE LOS OBISPOS (1971); *Laborem Exercens* (1981); *Sollicitudo Rei Socialis* (1987); *Centesimus Annus* de JUAN PABLO II (1991) y *Deus caritas est* (2005).

6.- El conjunto de esta doctrina social constituye un patrimonio de gran valor para la Iglesia y su misión en el mundo y, a la vez, ofrece una esperanza para toda la sociedad. Como dijo Juan Pablo II: es un corpus doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo (cf. *Jn* 14, 16.26; 16, 13-15), lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia⁶.

Por este motivo, hacemos una llamada a cada uno de los cristianos y a todas las comunidades de la Iglesia que peregrina en España, para que sean altavoces vivos que den a conocer los principios, criterios y directrices de la enseñanza social de la Iglesia. Urgimos también a que los estudiantes de Teología y los candidatos al sacerdocio conozcan bien esta Doctrina⁷, y a que las Facultades de Teología y los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas actúen específicamente en su estudio y difusión. *El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*⁸ puede ser un excelente instrumento para ello.

III.- Comunión y evangelización

7.- Sin embargo, la mejor manera de mostrar nuestro agradecimiento hacia el pasado es el compromiso decidido ante los desafíos de manera que podamos crecer, especialmente, en la comunión eclesial y en el dinamismo de la misión evangelizadora.

En efecto, la Iglesia en España tiene una gran vitalidad en su acción caritativa y social. Es una vitalidad que se manifiesta en los compromisos diarios de muchos cristianos que viven la fe en su vida matrimonial y familiar⁹, profesional, social, cultural, sindical, política y religiosa. También se manifiesta esta vitalidad, en el compromiso de las comunidades parroquiales, las congregaciones religiosas, las asociaciones de los laicos y, en definitiva, en las numerosas iniciativas socio-caritativas de cada Iglesia diocesana.

⁶ JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 1.

⁷ cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes* (1988).

⁸ PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (2004).

⁹ cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* (1981) y *Evangelium vitae* (1995).

8.- Además, esta vitalidad de la Iglesia emerge, de una manera especial, en la existencia de algunas instituciones eclesiales con presencia pública destacada, significativa y reconocida en nuestra sociedad como, por ejemplo, Cáritas, Manos Unidas, Misiones, Pastoral Penitenciaria, Justicia y Paz, Pastoral de la Salud, así como la ingente labor de los misioneros (sacerdotes, religiosos y laicos) apoyados en su labor por tantas asociaciones y ONGs católicas, y tantas personas de buena voluntad.

Tanto la vida de las comunidades cristianas como la acción eclesial de estas instituciones citadas, realizan la llamada permanente de la Iglesia a dar respuesta a los problemas sociales de la comunidad humana mediante el desarrollo integral, y a ser testigos del amor de Dios. La necesidad de reivindicar el desarrollo integral, la visión trascendente de la persona humana, abierta al misterio de Dios, viene urgida por los prejuicios secularistas y laicistas de nuestra época: ¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios, ha traído a Dios... y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco¹⁰.

La propuesta coherente y tenaz de una visión del ser humano abierta a Dios y la confesión pública de la verdad de la fe a este respecto, es urgente e insustituible en nuestra época para la causa del desarrollo de nuestra sociedad y de todos los pueblos.

9.- La celebración del 40 aniversario de *Populorum Progressio* es una gran oportunidad para potenciar la cooperación y la comunión de todos los bautizados y, al mismo tiempo, estimular la comunión entre las diversas instituciones eclesiales, que manifiestan la acción caritativa y social de la comunidad cristiana al servicio de toda la sociedad y, en especial, de los pueblos que sufren las consecuencias del subdesarrollo. Nos comprometemos a acompañar el crecimiento de estas instituciones, a cuidar su identidad eclesial¹¹, a potenciar la coordinación y a estimular la acción decidida mediante programas dirigidos a los países pobres. Para ello es necesario vivir la espiritualidad de comunión con las características que señalaba el papa Juan Pablo II: mirar el misterio de la Trinidad que habita en nosotros

¹⁰ J. RATZINGER (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret*, 69-70.

¹¹ cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Caridad de Cristo nos apremia. Reflexiones en torno a la 'eclesialidad' de la acción caritativa y social de la Iglesia* (2004).

y en los demás; sentir al hermano como «uno que me pertenece»; ver lo positivo en el otro y considerarlo un regalo de Dios para mí; saber «dar espacio» al hermano, evitando desconfianza y envidias¹².

A la vez no podemos desentendernos de la pobreza que azota a grandes regiones y naciones de nuestro planeta, especialmente en los países del Sur.

10.- Hoy en día siguen teniendo gran actualidad las palabras del papa Pablo VI: Entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. Cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción¹³.

Y esta llamada se dirige a todas las comunidades cristianas, pero también a los responsables de las naciones: «Toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ella, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas, agrupadas en esta acción común»¹⁴.

11.- De modo inseparable a la comunión y a la caridad, afrontamos el gran reto de la evangelización. La Iglesia que nace de la Pascua y Pentecostés tiene la misión de anunciar a Cristo Resucitado a todas las generaciones hasta el fin de los tiempos. Cristo anunció el Reino de Dios *proclamando* el Evangelio y *curando* a los enfermos. La novedad del mensaje evangélico de las «bienaventuranzas» la hacía real mediante la práctica de las «obras de misericordia»¹⁵.

De igual forma, nosotros podremos evangelizar la sociedad y la cultura de hoy, a condición de que demos testimonio a la vez de Jesucristo y del compromiso por la justicia y el amor que brota de la fe. La doctrina social es parte integrante del ministerio de evangelización de la Iglesia. Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres —situaciones y problemas relacionados con la justicia, la liberación, el desarrollo, las relaciones entre los pueblos, la paz— no es ajeno a la evangeliza-

¹² cf. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 43.

¹³ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 32.

¹⁴ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 33.

¹⁵ cf. *Lc* 10; *Mt* 5, 1-12; *Mt* 25, 31-46; *Jn* 13, 1-17.

ción. Esta no sería completa si no tuviese en cuenta la mutua conexión que se presenta constantemente entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre¹⁶.

La mentalidad actual de nuestra sociedad secular, antes que plantearse la credibilidad de un *mensaje*, observa y exige la credibilidad del *mensajero*. La celebración del aniversario de las encíclicas citadas es una buena oportunidad para manifestar la credibilidad de la Iglesia y del mensaje evangélico que proclama.

12.- El 40 Aniversario de *Populorum Progressio* es, por tanto, una nueva llamada que nos impulsa a mostrar el amor de la Iglesia frente a los conflictos e injusticias del mundo globalizado. La comunidad católica, al mismo tiempo que proclama la Palabra y celebra la Eucaristía, da testimonio de la fe que se manifiesta en la esperanza y se realiza en el amor.

De esta manera, la Iglesia mediante sus instituciones caritativas y sociales, al mismo tiempo que coopera con todas las personas y grupos que trabajan al servicio de la justicia y la paz, manifiesta el amor entrañable de Dios hacia todos los hombres de la tierra, desde una opción preferencial por los pobres y los excluidos. El mismo Pablo VI destacó el nexo intrínseco e inseparable entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— en la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), publicada después del Sínodo de los Obispos sobre la evangelización de los pueblos¹⁷.

IV.- Espiritualidad encarnada

13.- Teniendo en cuenta la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, y de modo especial *Populorum Progressio* y *Sollicitudo Rei Socialis*, queremos seguir siendo «voz de los que no tienen voz» y «signo y salvaguardia de la trascendencia de la persona» y contribuir a su dignidad ayudándole en sus necesidades, físicas, psíquicas, sociales y espirituales¹⁸. Cuando los cristianos intentamos vivir

¹⁶ PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 66.

¹⁷ cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 31.

¹⁸ cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La caridad en la vida de la Iglesia. Propuestas de acción pastoral* (1993); COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres* (1994).

como Cristo vivió y amar como Él amó, somos un signo viviente del amor de Dios y, además, una fuente de esperanza para la humanidad. Esta es la aportación específica de la Iglesia al bien común de la sociedad.

14.- Frente a los desafíos de la secularización y la urgencia del diálogo intercultural e interreligioso, queremos dar testimonio de que la espiritualidad cristiana no se confunde con el subjetivismo superficial de una espiritualidad intrascendente, sino que intenta vivir una espiritualidad encarnada, al estilo del Evangelio, que une profundamente la profesión personal de fe (*creer*), con la vivencia comunitaria de la fe (*vivir y celebrar*) y con la profesión pública de la misma. La conmemoración de la Encíclica *Populorum Progressio* nos ofrece una buena oportunidad para cultivar esta esperanza y comprometernos en la transformación de la sociedad según el proyecto de Dios sobre la historia.

15.- *Populorum Progressio* expresa muy bien la relación de la Teología con la espiritualidad y la acción pastoral, porque unifica la profesión y la celebración de la fe con la vivencia de la caridad. Además, relaciona íntimamente la caridad que brota del amor de Dios, con la edificación de la comunidad cristiana (comunión) y con el anuncio del evangelio a la sociedad de nuestro tiempo con hechos y palabras (misión). Así, la celebración del 40 aniversario de *Populorum Progressio* puede contribuir a la maduración de un modelo de ser cristiano que une la profesión de fe, fruto de acoger la Palabra, con la vivencia de la caridad y del compromiso social, que nacen de la Eucaristía, el «sacramento de la caridad», tal como nos ha recordado Benedicto XVI: No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres... El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad¹⁹.

Se trataría de «humanizar la globalización y globalizar la solidaridad»²⁰.

16.- El Plan de Pastoral de la Conferencia Episcopal para el quinquenio 2006-2010 lo hemos vertebrado en torno a la Eucaristía. En él subrayamos la vincu-

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 90.

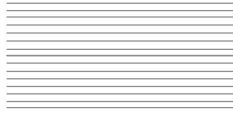
²⁰ JUAN PABLO II, Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales (27-IV-2001).

lación necesaria entre la comunión eucarística y el servicio de la caridad²¹. En esa línea deseamos también que la conmemoración de las Encíclicas *Populorum Progressio* y *Sollicitudo Rei Socialis*, así como la aplicación de sus orientaciones a los problemas actuales, se entronquen en la Eucaristía, fuente, centro y cumbre de la vida cristiana y de toda la Evangelización.

17.- María en Caná de Galilea es un ejemplo de solicitud y preocupación por los problemas de los demás. Que ella nos ayude a crecer en sensibilidad hacia los temas sociales, en fraternidad y solidaridad, de modo que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, sean a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»²². Que fortalezca a los misioneros en su hermosa labor de anunciar la Buena Nueva de la Salvación en todos los rincones de la tierra y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que trabajan por la paz y el desarrollo de los pueblos; que interceda para que nuestro mundo alcance un progreso justo y fraterno y para que cada uno se realice como persona humana y, así, se alcance la igualdad y la paz.

²¹ cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan Pastoral 2006-2010*. «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 35). *Vivir de la Eucaristía*, esp., 32-41.

²² CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 1.



CARTA ENCÍCLICA ***SPE SALVI***
DEL SUMO PONTÍFICE **BENEDICTO XVI**
A LOS OBISPOS
A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS
SOBRE LA ESPERANZA CRISTIANA

Introducción

1. « *SPE SALVI facti sumus* » – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm* 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?

La fe es esperanza

2. Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, «esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la «plenitud de la fe» (10,22) con la «firme confesión de la esperanza» (10,23). También cuando la *Primera Carta de Pedro* exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el *logos*—el sentido y la razón—de su esperanza (cf. 3,15), «esperanza» equivale a «fe». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (*Ef* 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. «*In nihilo ab nihilo quam cito recidimus*» (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos)[1], dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (*1 Ts* 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

[1] Cf. *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. VI, n. 26003.

3. Pero ahora se plantea la pregunta: ¿en qué consiste esta esperanza que, en cuanto esperanza, es « redención »? Pues bien, el núcleo de la respuesta se da en el pasaje antes citado de la *Carta a los Efesios*: antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo « sin Dios ». Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible. El ejemplo de una santa de nuestro tiempo puede en cierta medida ayudarnos a entender lo que significa encontrar por primera vez y realmente a este Dios. Me refiero a la africana Josefina Bakhita, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació aproximadamente en 1869—ni ella misma sabía la fecha exacta— en Darfur, Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que, ante el avance de los mahdistas, volvió a Italia. Aquí, después de los terribles « dueños » de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un « dueño » totalmente diferente—que llamó « paron » en el dialecto veneciano que ahora había aprendido, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo. Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un « Paron » por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el « Paron » supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba « a la derecha de Dios Padre ». En este momento tuvo « esperanza »; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue « redimida », ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; sin esperanza porque estaban sin Dios. Así, cuando se quiso devolverla a Sudán, Bakhita se negó; no estaba dispuesta a que la separaran de nuevo de su « Paron ». El 9 de enero de 1890 recibió el Bautismo, la Confirmación y la

primera Comunión de manos del Patriarca de Venecia. El 8 de diciembre de 1896 hizo los votos en Verona, en la Congregación de las hermanas Canosianas, y desde entonces –junto con sus labores en la sacristía y en la portería del claustro– intentó sobre todo, en varios viajes por Italia, exhortar a la misión: sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había « redimido » no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos.

El concepto de esperanza basada en la fe en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva

4. Antes de abordar la cuestión sobre si el encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su Corazón, es para nosotros no sólo « informativo », sino también « performativo », es decir, si puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa, volvamos de nuevo a la Iglesia primitiva. Es fácil darse cuenta de que la experiencia de la pequeña esclava africana Bakhita fue también la experiencia de muchas personas maltratadas y condenadas a la esclavitud en la época del cristianismo naciente. El cristianismo no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo. La novedad de lo ocurrido aparece con máxima claridad en la *Carta* de san Pablo a *Filemón*. Se trata de una carta muy personal, que Pablo escribe en la cárcel, enviándola con el esclavo fugitivo, Onésimo, precisamente a su dueño, Filemón. Sí, Pablo devuelve el esclavo a su dueño, del que había huido, y no lo hace mandando, sino suplicando: « Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión [...]. Te lo envío como algo de mis entrañas [...]. Quizás se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido » (*Flm* 10-16). Los hombres que, según su estado civil se relacionan entre sí como dueños y esclavos, en cuanto miembros de la única Iglesia se han convertido en hermanos y hermanas unos de otros: así se llamaban mutuamente los cristianos. Habían sido regenerados por el Bautismo, colmados del mismo Espíritu y recibían juntos, unos al lado de otros, el Cuerpo del Señor. Aunque las estructuras externas

permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro. Cuando la *Carta a los Hebreos* dice que los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. *Hb* 11,13-16; *Flp* 3,20), no remite simplemente a una perspectiva futura, sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación.

5. Hemos de añadir todavía otro punto de vista. La *Primera Carta a los Corintios* (1,18-31) nos muestra que una gran parte de los primeros cristianos pertenecía a las clases sociales bajas y, precisamente por eso, estaba preparada para la experiencia de la nueva esperanza, como hemos visto en el ejemplo de Bakhita. No obstante, hubo también desde el principio conversiones en las clases sociales aristocráticas y cultas. Precisamente porque éstas también vivían en el mundo « sin esperanza y sin Dios ». El mito había perdido su credibilidad; la religión de Estado romana se había esclerotizado convirtiéndose en simple ceremonial, que se cumplía escrupulosamente pero ya reducido sólo a una « religión política ». El racionalismo filosófico había relegado a los dioses al ámbito de lo irreal. Se veía lo divino de diversas formas en las fuerzas cósmicas, pero no existía un Dios al que se pudiera rezar. Pablo explica de manera absolutamente apropiada la problemática esencial de entonces sobre la religión cuando a la vida « según Cristo » contrapone una vida bajo el señorío de los « elementos del mundo » (cf. *Col* 2,8). En esta perspectiva, hay un texto de san Gregorio Nacianceno que puede ser muy iluminador. Dice que en el mismo momento en que los Magos, guiados por la estrella, adoraron al nuevo rey, Cristo, llegó el fin para la astrología, porque desde entonces las estrellas giran según la órbita establecida por Cristo[2]. En efecto, en esta escena se invierte la concepción del mundo de entonces que, de modo diverso, también hoy está nuevamente en auge. No son los elementos del cosmos, la leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. Y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces el inexorable poder de los elementos materiales ya no es la última instancia; ya no somos esclavos del universo y de sus leyes, ahora somos libres. Esta toma de conciencia ha influenciado en la antigüedad a los espíritus genuinos que estaban en búsqueda. El cielo no está vacío. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino

[2] Cf. *Poemas dogmáticos*, V, 55-64: PG 37, 428-429.

que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor[3].

6. Los sarcófagos de los primeros tiempos del cristianismo muestran visiblemente esta concepción, en presencia de la muerte, ante la cual es inevitable preguntarse por el sentido de la vida. En los antiguos sarcófagos se interpreta la figura de Cristo mediante dos imágenes: la del filósofo y la del pastor. En general, por filosofía no se entendía entonces una difícil disciplina académica, como ocurre hoy. El filósofo era más bien el que sabía enseñar el arte esencial: el arte de ser hombre de manera recta, el arte de vivir y morir. Ciertamente, ya desde hacía tiempo los hombres se habían percatado de que gran parte de los que se presentaban como filósofos, como maestros de vida, no eran más que charlatanes que con sus palabras querían ganar dinero, mientras que no tenían nada que decir sobre la verdadera vida. Esto hacía que se buscara con más ahínco aún al auténtico filósofo, que supiera indicar verdaderamente el camino de la vida. Hacia finales del siglo III encontramos por vez primera en Roma, en el sarcófago de un niño y en el contexto de la resurrección de Lázaro, la figura de Cristo como el verdadero filósofo, que tiene el Evangelio en una mano y en la otra el bastón de caminante propio del filósofo. Con este bastón Él vence a la muerte; el Evangelio lleva la verdad que los filósofos deambulantes habían buscado en vano. En esta imagen, que después perdurará en el arte de los sarcófagos durante mucho tiempo, se muestra claramente lo que tanto las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida. Lo mismo puede verse en la imagen del pastor. Como ocurría para la representación del filósofo, también para la representación de la figura del pastor la Iglesia primitiva podía referirse a modelos ya existentes en el arte romano. En éste, el pastor expresaba generalmente el sueño de una vida serena y sencilla, de la cual tenía nostalgia la gente inmersa en la confusión de la ciudad. Pero ahora la imagen era contemplada en un nuevo escenario que le daba un contenido más profundo: « El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo... » (*Sal* 22,1-4). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por

[3] 3Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1817-1821.

el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su « vara y su cayado me sosiega », de modo que « nada temo » (cf. *Sal* 22,4), era la nueva « esperanza » que brotaba en la vida de los creyentes.

7. Debemos volver una vez más al Nuevo Testamento. En el capítulo undécimo de la *Carta a los Hebreos* (v. 1) se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la esperanza. Desde la Reforma, se ha entablado entre los exegetas una discusión sobre la palabra central de esta frase, y en la cual parece que hoy se abre un camino hacia una interpretación común. Dejo por el momento sin traducir esta palabra central. La frase dice así: « La fe es *hypostasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve ». Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega *hypostasis* se traducía al latín con el término *substantia*. Por tanto, la traducción latina del texto elaborada en la Iglesia antigua, dice así: « *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* », la fe es la « sustancia » de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de Aquino[4], usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de « sustancia » queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir « en germen » —por tanto según la « sustancia »— ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta « realidad » que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no « aparece »), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma. A Lutero, que no tenía mucha simpatía por la *Carta a los Hebreos* en sí misma, el concepto de « sustancia » no le decía nada en el contexto de su concepción de la fe. Por eso entendió el término *hipóstasis/sustancia* no en sentido objetivo (de realidad presente en nosotros), sino en el sentido subjetivo, como expresión de una actitud interior y, por consiguiente, tuvo

[4] *Summa Theologiae*, II-II, q. 4, a. 1.

que comprender naturalmente también el término *argumentum* como una disposición del sujeto. Esta interpretación se ha difundido también en la exégesis católica en el siglo XX –al menos en Alemania– de tal manera que la traducción ecuménica del Nuevo Testamento en alemán, aprobada por los Obispos, dice: « *Glaube aber ist: Feststehen in dem, was man erhofft, Überzeugtsein von dem, was man nicht sieht* » (fe es: estar firmes en lo que se espera, estar convencidos de lo que no se ve). En sí mismo, esto no es erróneo, pero no es el sentido del texto, porque el término griego usado (*elenchos*) no tiene el valor subjetivo de « convicción », sino el significado objetivo de « prueba ». Por eso, la exégesis protestante reciente ha llegado con razón a un convencimiento diferente: « Ahora ya no se puede poner en duda que esta interpretación protestante, que se ha hecho clásica, es insostenible »[5]. La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una « prueba » de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro « todavía-no ». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras.

8. Esta explicación cobra mayor fuerza aún, y se conecta con la vida concreta, si consideramos el versículo 34 del capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos* que, desde el punto de vista lingüístico y de contenido, está relacionado con esta definición de una fe impregnada de esperanza y que al mismo tiempo la prepara. Aquí, el autor habla a los creyentes que han padecido la experiencia de la persecución y les dice: « Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes (*hyparchonton* – Vg: *bonorum*), sabiendo que teníais bienes mejores y permanentes (*hyparxin* – Vg: *substantiam*) ». *Hyparchonta* son las propiedades, lo que en la vida terrenal constituye el sustento, la base, la « sustancia » con la que se cuenta para la vida. Esta « sustancia », la seguridad normal para la vida, se la han quitado a los cristianos durante la persecución. Lo han soportado porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una « base » mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. No se puede dejar de ver la relación que hay entre estas dos especies de « sustancia », entre sustento o base material y la afirmación de la fe como « base », como « sustancia » que perdu-

[5] H. Köster: *ThWNT* VIII (1969), 585.

ra. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad ante este fundamento de la vida que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal. Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva « sustancia » que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos, renovando el mundo con su muerte. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma. En estos casos se ha comprobado que la nueva « sustancia » es realmente « sustancia »; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente « sustancia » y es una « sustancia » que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una « prueba » de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia: Él es realmente el « filósofo » y el « pastor » que nos indica qué es y dónde está la vida.

9. Para comprender más profundamente esta reflexión sobre las dos especies de sustancias *hypostasis* e *hyparchonta* y sobre los dos modos de vida expresados con ellas, tenemos todavía que reflexionar brevemente sobre dos palabras relativas a este argumento, que se encuentran en el capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos*. Se trata de las palabras *hypomone* (10,36) e *hypostole* (10,39). *Hypomone* se traduce normalmente por « paciencia », perseverancia, constancia. El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder « alcanzar la promesa » (cf. 10,36). En la religiosidad del antiguo judaísmo, esta palabra se usó expresamente para designar la espera de Dios característica de Israel: su perseverar en la fidelidad a Dios basándose en la certeza de la Alianza, en medio de un mundo que contradice a Dios. Así, la palabra indica una esperanza vivida, una existencia basada en la certeza de la esperanza. En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios, este estar de parte de Dios, asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la « sustancia » de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera,

ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva. En cambio, con *hypostole* se expresa el retraerse de quien no se arriesga a decir abiertamente y con franqueza la verdad quizás peligrosa. Este esconderse ante los hombres por espíritu de temor ante ellos lleva a la « perdición » (Hb 10,39). Por el contrario, la *Segunda Carta a Timoteo* caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: « Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio » (1,7).

La vida eterna – ¿qué es?

10. Hasta ahora hemos hablado de la fe y de la esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos del cristianismo; pero siempre se ha tenido también claro que no sólo hablamos del pasado; toda la reflexión concierne a la vida y a la muerte en general y, por tanto, también tiene que ver con nosotros aquí y ahora. No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros « performativa », un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo « información » que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: « ¿Qué pedís a la Iglesia? ». Se respondía: « La fe ». Y « ¿Qué te da la fe? ». « La vida eterna ». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para « la vida eterna ». En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza. Pero entonces surge la cuestión: ¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable. Esto

es lo que dice precisamente, por ejemplo, el Padre de la Iglesia Ambrosio en el sermón fúnebre por su hermano difunto Sátiro: « Es verdad que la muerte no formaba parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio [...]. En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima: era necesario dar un fin a estos males, de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia »[6]. Y Ambrosio ya había dicho poco antes: « No debemos deplorar la muerte, ya que es causa de salvación »[7].

11. Sea lo que fuere lo que san Ambrosio quiso decir exactamente con estas palabras, es cierto que la eliminación de la muerte, como también su aplazamiento casi ilimitado, pondría a la tierra y a la humanidad en una condición imposible y no comportaría beneficio alguno para el individuo mismo. Obviamente, hay una contradicción en nuestra actitud, que hace referencia a un contraste interior de nuestra propia existencia. Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva. Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la « vida »? Y ¿qué significa verdaderamente « eternidad »? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera « vida », así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos « vida », en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la « vida bienaventurada », la vida que simplemente es vida, simplemente « felicidad ». A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. « No sabemos pedir lo que nos conviene », reconoce con una expresión de san Pablo (*Rm* 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber

[6] *De excessu fratris sui Satyri*, II, 47: CSEL 73, 274.

[7] *Ibíd.*, II, 46: CSEL 73, 273.

sabemos que esta realidad tiene que existir. « Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*) », escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta « verdadera vida » y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados[8].

12. Pienso que Agustín describe en este pasaje, de modo muy preciso y siempre válido, la situación esencial del hombre, la situación de la que provienen todas sus contradicciones y sus esperanzas. De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta « realidad » desconocida es la verdadera « esperanza » que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. La expresión « vida eterna » trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión. En efecto, « eterno » suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; « vida » nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: « Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría » (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo[9].

[8] Cf. *Ep. 130 Ad Probam* 14, 25-15, 28: *CSEL* 44, 68-73.

[9] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1025.

¿Es individualista la esperanza cristiana?

13. A lo largo de su historia, los cristianos han tratado de traducir en figuras representables este saber que no sabe, recurriendo a imágenes del « cielo » que siempre resultan lejanas de lo que, precisamente por eso, sólo conocemos negativamente, a través de un no-conocimiento. En el curso de los siglos, todos estos intentos de representación de la esperanza han impulsado a muchos a vivir basándose en la fe y, como consecuencia, a abandonar sus « *hyparchonta* », las sustancias materiales para su existencia. El autor de la *Carta a los Hebreos*, en el capítulo 11, ha trazado una especie de historia de los que viven en la esperanza y de su estar de camino, una historia que desde Abel llega hasta la época del autor. En los tiempos modernos se ha desencadenado una crítica cada vez más dura contra este tipo de esperanza: consistiría en puro individualismo, que habría abandonado el mundo a su miseria y se habría amparado en una salvación eterna exclusivamente privada. Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: « ¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano »[10].

14. A este respecto, de Lubac ha podido demostrar, basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria. La misma *Carta a los Hebreos* habla de una « ciudad » (cf. 11,10.16; 12,22; 13,14) y, por tanto, de una salvación comunitaria. Los Padres, coherentemente, entienden el pecado como la destrucción de la unidad del género humano, como ruptura y división. Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que es el pecado en su raíz. Por eso, la « redención » se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Siga-

[10] Jean Giono, *Les vraies richesses*, París 1936, Préface, en: Henri de Lubac, *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, París 1983, p. VII.

mos con la *Carta a Proba*, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión « vida bienaventurada [feliz] ». Después cita el Salmo 144 [143], 15: « Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor ». Y continúa: « Para que podamos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, “el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera” (1 Tm 1,5) »[11]. Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un « pueblo » y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este « nosotros ». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio « yo », porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios.

15. Esta concepción de la « vida bienaventurada » orientada hacia la comunidad se refiere a algo que está ciertamente más allá del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo, de maneras muy diferentes según el contexto histórico y las posibilidades que éste ofrece o excluye. En el tiempo de Agustín, cuando la irrupción de nuevos pueblos amenazaba la cohesión del mundo, en la cual había una cierta garantía de derecho y de vida en una comunidad jurídica, se trataba de fortalecer los fundamentos verdaderamente básicos de esta comunidad de vida y de paz para poder sobrevivir en aquel mundo cambiante. Pero intentemos fijarnos, por poner un caso, en un momento de la Edad Media, bajo ciertos aspectos emblemático. En la conciencia común, los monasterios aparecían como lugares para huir del mundo (« *contemptus mundi* ») y eludir así la responsabilidad con respecto al mundo buscando la salvación privada. Bernardo de Claraval, que con su Orden reformada llevó una multitud de jóvenes a los monasterios, tenía una visión muy diferente sobre esto. Para él, los monjes tienen una tarea con respecto a toda la Iglesia y, por consiguiente, también respecto al mundo. Y, con muchas imágenes, ilustra la responsabilidad de los monjes para con todo el organismo de la Iglesia, más aún, para con la humanidad; les aplica las palabras del Pseudo-Rufino: « El género humano subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería »[12]. Los contemplativos – *contemplantes*– han de convertirse en *trabajadores agrícolas* –*laborantes*–, nos dice. La nobleza del trabajo, que el cristianismo ha heredado del judaísmo, había

[11] *Ep. 130 Ad Probam* 13, 24: CSEL 44, 67.

[12] *Sententiae*, III, 118 : CCL 6/2, 215.

aparecido ya en las reglas monásticas de Agustín y Benito. Bernardo presenta de nuevo este concepto. Los jóvenes aristócratas que acudían a sus monasterios debían someterse al trabajo manual. A decir verdad, Bernardo dice explícitamente que tampoco el monasterio puede restablecer el Paraíso, pero sostiene que, como lugar de labranza práctica y espiritual, debe preparar el nuevo Paraíso. Una parcela de bosque silvestre se hace fértil precisamente cuando se talan los árboles de la soberbia, se extirpa lo que crece en el alma de modo silvestre y así se prepara el terreno en el que puede crecer pan para el cuerpo y para el alma[13]. ¿Acaso no hemos tenido la oportunidad de comprobar de nuevo, precisamente en el momento de la historia actual, que allí donde las almas se hacen salvajes no se puede lograr ninguna estructuración positiva del mundo?

La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno

16. ¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la « salvación del alma » como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás? Para encontrar una respuesta a esta cuestión hemos de fijarnos en los elementos fundamentales de la época moderna. Estos se ven con particular claridad en Francis Bacon. Es indiscutible que –gracias al descubrimiento de América y a las nuevas conquistas de la técnica que han permitido este desarrollo– ha surgido una nueva época. Pero, ¿sobre qué se basa este cambio epocal? Se basa en la nueva correlación entre experimento y método, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, « la victoria del arte sobre la naturaleza » (*victoria cursus artis super naturam*)[14]. La novedad –según la visión de Bacon– consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original[15].

[13] Cf. *ibíd.*, III, 71: CCL 6/2, 107-108.

[14] *Novum Organum* I, 117.

[15] Cf. *ibíd.*, I, 129.

17. Quien lee estas afirmaciones, y reflexiona con atención, reconoce en ellas un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la « redención ». Ahora, esta « redención », el restablecimiento del « paraíso » perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel –el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas– al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso. En efecto, para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciadas son sólo un comienzo; que gracias a la sinergia entre ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un mundo totalmente nuevo, el reino del hombre[16]. Según esto, él mismo trazó un esbozo de las invenciones previsibles, incluyendo el aeroplano y el submarino. Durante el desarrollo ulterior de la ideología del progreso, la alegría por los visibles adelantos de las potencialidades humanas es una confirmación constante de la fe en el progreso como tal.

18. Al mismo tiempo, hay dos categorías que ocupan cada vez más el centro de la idea de progreso: razón y libertad. El progreso es sobre todo un progreso del dominio creciente de la razón, y esta razón es considerada obviamente un poder del bien y para el bien. El progreso es la superación de todas las dependencias, es progreso hacia la libertad perfecta. También la libertad es considerada sólo como promesa, en la cual el hombre llega a su plenitud. En ambos conceptos –libertad y razón– hay un aspecto político. En efecto, se espera el reino de la razón como la nueva condición de la humanidad que llega a ser totalmente libre. Sin embargo, las condiciones políticas de este reino de la razón y de la libertad, en un primer momento, aparecen poco definidas. La razón y la libertad parecen garantizar de por sí, en virtud de su bondad intrínseca, una nueva comunidad humana perfecta. Pero en ambos conceptos clave, « razón » y « libertad », el pensamiento está siempre, tácitamente, en contraste también con los vínculos de la fe y de la Iglesia, así como con los vínculos de los ordenamientos estatales de entonces. Ambos conceptos llevan en sí mismos, pues, un potencial revolucionario de enorme fuerza explosiva.

[16] Cf. *New Atlantis*.

19. Hemos de fijarnos brevemente en las dos etapas esenciales de la concreción política de esta esperanza, porque son de gran importancia para el camino de la esperanza cristiana, para su comprensión y su persistencia. Está, en primer lugar, la Revolución francesa como el intento de instaurar el dominio de la razón y de la libertad, ahora también de manera políticamente real. La Europa de la Ilustración, en un primer momento, ha contemplado fascinada estos acontecimientos, pero ante su evolución ha tenido que reflexionar después de manera nueva sobre la razón y la libertad. Para las dos fases de la recepción de lo que ocurrió en Francia, son significativos dos escritos de Immanuel Kant, en los que reflexiona sobre estos acontecimientos. En 1792 escribe la obra: « *Der Sieg des guten Prinzips über das böse und die Gründung eines Reichs Gottes auf Erden* » (La victoria del principio bueno sobre el malo y la constitución de un reino de Dios sobre la tierra). En ella dice: « El paso gradual de la fe eclesiástica al dominio exclusivo de la pura fe religiosa constituye el acercamiento del reino de Dios »[17]. Nos dice también que las revoluciones pueden acelerar los tiempos de este paso de la fe eclesiástica a la fe racional. El « reino de Dios », del que había hablado Jesús, recibe aquí una nueva definición y asume también una nueva presencia; existe, por así decirlo, una nueva « espera inmediata »: el « reino de Dios » llega allí donde la « fe eclesiástica » es superada y reemplazada por la « fe religiosa », es decir por la simple fe racional. En 1794, en su obra « *Das Ende aller Dinge* » (El final de todas las cosas), aparece una imagen diferente. Ahora Kant toma en consideración la posibilidad de que, junto al final natural de todas las cosas, se produzca también uno contrario a la naturaleza, perverso. A este respecto, escribe: « Si llegara un día en el que el cristianismo no fuera ya digno de amor, el pensamiento dominante de los hombres debería convertirse en el de un rechazo y una oposición contra él; y el anticristo [...] inauguraría su régimen, aunque breve (fundado presumiblemente en el miedo y el egoísmo). A continuación, no obstante, puesto que el cristianismo, aun habiendo sido destinado a ser la religión universal, no habría sido ayudado de hecho por el destino a serlo, podría ocurrir, bajo el aspecto moral, el final (perverso) de todas las cosas »[18].

20. En el s. XVIII no faltó la fe en el progreso como nueva forma de la esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como la estrella-guía

[17] En *Werke* IV: W. Weischedel, ed. (1956), 777. Las páginas sobre la *Victoria del principio bueno* constituyen, como es sabido, el tercer capítulo del escrito *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* (La religión dentro de los límites de la mera razón), publicado por Kant en 1793.

[18] I. Kant, *Das Ende aller Dinge*: *Werke* IV, W. Weischedel, ed. (1964), 190.

que se debía seguir en el camino de la esperanza. Sin embargo, el avance cada vez más rápido del desarrollo técnico y la industrialización que comportaba crearon muy pronto una situación social completamente nueva: se formó la clase de los trabajadores de la industria y el así llamado « proletariado industrial », cuyas terribles condiciones de vida ilustró de manera sobrecogedora Friedrich Engels en 1845. Para el lector debía estar claro: esto no puede continuar, es necesario un cambio. Pero el cambio supondría la convulsión y el abatimiento de toda la estructura de la sociedad burguesa. Después de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el « reino de Dios ». Al haber desaparecido la verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política; de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas. Con precisión puntual, aunque de modo unilateral y parcial, Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente: con el partido comunista, nacido del manifiesto de 1848, dio inicio también concretamente a la revolución. Su promesa, gracias a la agudeza de sus análisis y a la clara indicación de los instrumentos para el cambio radical, fascinó y fascina todavía hoy de nuevo. Después, la revolución se implantó también, de manera más radical en Rusia.

21. Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx. Él indicó con exactitud cómo lograr el cambio total de la situación. Pero no nos dijo cómo se debería proceder después. Suponía simplemente que, con la expropiación de la clase dominante, con la caída del poder político y con la socialización de los medios de producción, se establecería la Nueva Jerusalén. En efecto, entonces se anularían todas las contradicciones, por fin el hombre y el mundo habrían visto claramente en sí mismos. Entonces todo podría proceder por sí mismo por el recto camino, porque todo pertenecería a todos y todos querían lo mejor unos para otros. Así, tras el éxito de la revolución, Lenin pudo percatarse de que en los escritos del maestro no había ninguna indicación sobre cómo proceder. Había

hablado ciertamente de la fase intermedia de la dictadura del proletariado como de una necesidad que, sin embargo, en un segundo momento se habría demostrado caduca por sí misma. Esta « fase intermedia » la conocemos muy bien y también sabemos cuál ha sido su desarrollo posterior: en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora. El error de Marx no consiste sólo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo; en éste, en efecto, ya no habría necesidad de ellos. Que no diga nada de eso es una consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.

22. Así, pues, nos encontramos de nuevo ante la pregunta: ¿Qué podemos esperar? Es necesaria una autocrítica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En este diálogo, los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces. Sobre esto sólo se puede intentar hacer aquí alguna observación. Ante todo hay que preguntarse: ¿Qué significa realmente « progreso »; qué es lo que promete y qué es lo que no promete? Ya en el siglo XIX había una crítica a la fe en el progreso. En el siglo XX, Theodor W. Adorno expresó de manera drástica la incertidumbre de la fe en el progreso: el progreso, visto de cerca, sería el progreso que va de la honda a la superbomba. Ahora bien, éste es de hecho un aspecto del progreso que no se debe disimular. Dicho de otro modo: la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. *Ef* 3,16; *2 Co* 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo.

23. Por lo que se refiere a los dos grandes temas « razón » y « libertad », aquí sólo se pueden señalar las cuestiones relacionadas con ellos. Ciertamente, la razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana. Pero ¿cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuando se ha hecho ciega para Dios? La razón del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación. Por eso, hablando de libertad, se ha de recordar que la libertad humana requiere que concurren varias libertades. Sin embargo, esto no se puede lograr si no está determinado por un común e intrínseco criterio de medida, que es fundamento y meta de nuestra libertad. Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Visto el desarrollo de la edad moderna, la afirmación de san Pablo citada al principio (*Ef* 2,12) se demuestra muy realista y simplemente verdadera. Por tanto, no cabe duda de que un « reino de Dios » instaurado sin Dios –un reino, pues, sólo del hombre– desemboca inevitablemente en « el final perverso » de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez. Pero tampoco cabe duda de que Dios entra realmente en las cosas humanas a condición de que no sólo lo pensemos nosotros, sino que Él mismo salga a nuestro encuentro y nos hable. Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión.

La verdadera fisonomía de la esperanza cristiana

24. Preguntémonos ahora de nuevo: ¿qué podemos esperar? Y ¿qué es lo que no podemos esperar? Ante todo hemos de constatar que un progreso acumulativo sólo es posible en lo material. Aquí, en el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia, y en relación con los inventos cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser

humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio. Es verdad que las nuevas generaciones pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que éste no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella. Pero esto significa que:

a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo.

b) Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada –buena– condición del mundo, se negaría la libertad del hombre, y por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas.

25. Una consecuencia de lo dicho es que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida. No obstante, cada generación tiene que ofrecer también su propia aportación para establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía también para el futuro. Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan.

El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior. Francis Bacon y los seguidores de la corriente de pensamiento de la edad moderna inspirada en él, se equivocaban al considerar que el hombre sería redimido por medio de la ciencia. Con semejante expectativa se pide demasiado a la ciencia; esta especie de esperanza es falaz. La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma. Por otra parte, debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido, si bien es importante lo que ha seguido haciendo para la formación del hombre y la atención de los débiles y de los que sufren.

26. No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de « redención » que da un nuevo sentido a su existencia. Pero muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: « Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro » (*Rm* 8,38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces—sólo entonces—el hombre es « redimido », suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha « redimido ». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana « causa primera » del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: « Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí » (*Ga* 2,20).

27. En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando « hasta el extremo », « hasta el total cumplimiento » (cf. *Jn* 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente « vida ». Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que

hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la « vida eterna », la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn* 10,10), nos explicó también qué significa « vida »: « Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo » (*Jn* 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces « vivimos ».

28. Pero ahora surge la pregunta: de este modo, ¿no hemos recaído quizás en el individualismo de la salvación? ¿En la esperanza sólo para mí que además, precisamente por eso, no es una esperanza verdadera porque olvida y descuida a los demás? No. La relación con Dios se establece a través de la comunión con Jesús, pues solos y únicamente con nuestras fuerzas no la podemos alcanzar. En cambio, la relación con Jesús es una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos nosotros (cf. *1 Tm* 2,6). Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser « para todos », hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos compromete en favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos. Quisiera citar en este contexto al gran doctor griego de la Iglesia, san Máximo el Confesor († 662), el cual exhorta primero a no anteponer nada al conocimiento y al amor de Dios, pero pasa enseguida a aplicaciones muy prácticas: « Quien ama a Dios no puede guardar para sí el dinero, sino que lo reparte “según Dios” [...], a imitación de Dios, sin discriminación alguna »[19]. Del amor a Dios se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios hacia los otros; amar a Dios requiere la libertad interior respecto a todo lo que se posee y todas las cosas materiales: el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro[20]. En la vida de san Agustín podemos observar de modo conmovedor la misma relación entre amor de Dios y responsabilidad para con los hombres. Tras su conversión a la fe cristiana quiso, junto con algunos amigos de ideas afines, llevar una vida que estuviera dedicada totalmente a la palabra de Dios y a las cosas eternas. Quiso realizar con valores cristianos el ideal de la vida contemplativa descrito en la gran filosofía griega, eligiendo de este modo « la mejor parte » (*Lc* 10,42). Pero las cosas fueron de otra manera. Mien-

[19] *Capítulos sobre la caridad*, Centuria 1, cap 1: PG 90, 965.

[20] Cf. *ibíd.*: PG 90, 962-966.

tras participaba en la Misa dominical, en la ciudad portuaria de Hipona, fue llamado aparte por el Obispo, fuera de la muchedumbre, y obligado a dejarse ordenar para ejercer el ministerio sacerdotal en aquella ciudad. Fijándose retrospectivamente en aquel momento, escribe en sus *Confesiones*: «Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mis miserias, había meditado en mi corazón y decidido huir a la soledad. Mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: «Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos» (cf. 2 Co 5,15) »[21]. Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su « ser-para ».

29. Esto supuso para Agustín una vida totalmente nueva. Así describió una vez su vida cotidiana: « Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, refutar a los adversarios, guardarse de los insidiosos, instruir a los ignorantes, estimular a los indolentes, aplacar a los pendencieros, moderar a los ambiciosos, animar a los desalentados, apaciguar a los contendientes, ayudar a los pobres, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y [¡pobre de mí!] amar a todos »[22]. « Es el Evangelio lo que me asusta »[23], ese temor saludable que nos impide vivir para nosotros mismos y que nos impulsa a transmitir nuestra común esperanza. De hecho, ésta era precisamente la intención de Agustín: en la difícil situación del imperio romano, que amenazaba también al África romana y que, al final de la vida de Agustín, llegó a destruirla, quiso transmitir esperanza, la esperanza que le venía de la fe y que, en total contraste con su carácter introvertido, le hizo capaz de participar decididamente y con todas sus fuerzas en la edificación de la ciudad. En el mismo capítulo de las *Confesiones*, en el cual acabamos de ver el motivo decisivo de su compromiso « para todos », dice también: Cristo « intercede por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son mis dolencias; sí, son muchas y grandes, aunque más grande es tu medicina. De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgarlo apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros »[24]. Gracias a su esperanza, Agustín se dedicó a la gente sencilla y a su ciudad; renunció a su nobleza espiritual y predicó y actuó de manera sencilla para la gente sencilla.

[21] *Conf.* X 43, 70: *CSEL* 33, 279.

[22] *Sermo* 340, 3: *PL* 38, 1484; cf. F. van der Meer, *Agustín pastor de almas*, Madrid (1965), 351.

[23] *Sermo* 339, 4: *PL* 38, 1481.

[24] *Conf.* X, 43, 69: *CSEL* 33, 279.

30. Resumamos lo que hasta ahora ha aflorado en el desarrollo de nuestras reflexiones. A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar. En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero « reino de Dios ». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Ésta sería capaz de movilizar –por algún tiempo– todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí. Y aunque el « para todos » forme parte de la gran esperanza –no puedo ciertamente llegar a ser feliz contra o sin los otros–, es verdad que una esperanza que no se refiera a mí personalmente, ni siquiera es una verdadera esperanza. También resultó evidente que ésta era una esperanza contra la libertad, porque la situación de las realidades humanas depende en cada generación de la libre decisión de los hombres que pertenecen a ella. Si, debido a las condiciones y a las estructuras, se les privara de esta libertad, el mundo, a fin de cuentas, no sería bueno, porque un mundo sin libertad no sería en absoluto un mundo bueno. Así, aunque sea necesario un empeño constante para mejorar el mundo, el mundo mejor del mañana no puede ser el contenido propio y suficiente de nuestra esperanza. A este propósito se plantea siempre la pregunta: ¿Cuándo es « mejor » el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Y por qué vías se puede alcanzar esta « bondad »?

31. Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros

por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es « realmente » vida. Trataremos de concretar más esta idea en la última parte, fijando nuestra atención en algunos « lugares » de aprendizaje y ejercicio práctico de la esperanza.

« Lugares » de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza

I. La oración como escuela de la esperanza

32. Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme[25]. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo. De sus trece años de prisión, nueve de los cuales en aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: *Oraciones de esperanza*. Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad.

33. Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima entre oración y esperanza en una homilía sobre la *Primera Carta de San Juan*. Él define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para

[25] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2657.

la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. « Dios, retardando [su don], ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz [de su don] ». Agustín se refiere a san Pablo, el cual dice de sí mismo que vive lanzado hacia lo que está por delante (cf. *Flp* 3,13). Después usa una imagen muy bella para describir este proceso de ensanchamiento y preparación del corazón humano. « Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? » El vaso, es decir el corazón, tiene que ser antes ensanchado y luego purificado: liberado del vinagre y de su sabor. Eso requiere esfuerzo, es doloroso, pero sólo así se logra la capacitación para lo que estamos destinados[26]. Aunque Agustín habla directamente sólo de la receptividad para con Dios, se ve claramente que con este esfuerzo por liberarse del vinagre y de su sabor, el hombre no sólo se hace libre para Dios, sino que se abre también a los demás. En efecto, sólo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también. « ¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta », ruega el salmista (19[18],13). No reconocer la culpa, la ilusión de inocencia, no me justifica ni me salva, porque la ofuscación de la conciencia, la incapacidad de reconocer en mí el mal en cuanto tal, es culpa mía. Si Dios no existe, entonces quizás tengo que refugiarme en estas mentiras, porque no hay nadie que pueda perdonarme, nadie que sea el verdadero criterio. En cambio, el encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo.

34. Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de

[26] Cf. *In 1 Joannis* 4, 6: *PL* 35, 2008s.

la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente. El Cardenal Nguyen Van Thuan cuenta en su libro de Ejercicios espirituales cómo en su vida hubo largos períodos de incapacidad de rezar y cómo él se aferró a las palabras de la oración de la Iglesia: el Padrenuestro, el Ave María y las oraciones de la Liturgia[27]. En la oración tiene que haber siempre esta interrelación entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios, y así Dios nos habla a nosotros. De este modo se realizan en nosotros las purificaciones, a través de las cuales llegamos a ser capaces de Dios e idóneos para servir a los hombres. Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un « final perverso ». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana.

II. El actuar y el sufrir como lugares de aprendizaje de la esperanza

35. Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro. Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica. Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento y de lo que podemos esperar que las autoridades políticas y económicas nos ofrezcan, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza. Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar.

[27] Cf. *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva 2000, 135s.

Ciertamente, no « podemos construir » el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– « merecer » el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo « merecido », sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la « plusvalía » del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como « colaboradores de Dios », han contribuido a la salvación del mundo (cf. *1 Co* 3,9; *1 Ts* 3,2). Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminaciones que podrían destruir el presente y el futuro. Podemos descubrir y tener limpias las fuentes de la creación y así, junto con la creación que nos precede como don, hacer lo que es justo, teniendo en cuenta sus propias exigencias y su finalidad. Eso sigue teniendo sentido aunque en apariencia no tengamos éxito o nos veamos impotentes ante la superioridad de fuerzas hostiles. Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios.

36. Al igual que el obrar, también el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Éste se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente. Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana. En la lucha contra el dolor físico se han hecho grandes progresos, aunque en las últimas décadas ha aumentado el sufrimiento de los inocentes y también las dolencias psíquicas. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sa-

bemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que « quita el pecado del mundo » (*Jn* 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible, incluso para el futuro.

37. Volvamos a nuestro tema. Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe. « Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enfervorizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. *Sal* 136 [135]). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo[...]. ¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre, Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. *Sal* 80 [79],2). ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles [...]. Queridos hermanos al escuchar todo esto, llenos

de alegría, tenéis que dar gracias incesantes a Dios, de quien procede todo bien; bendecid conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia [...]. Os escribo todo esto para se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón... »[28]. Ésta es una carta « desde el infierno ». Se expresa todo el horror de un campo de concentración en el cual, a los tormentos por parte de los tiranos, se añade el desencadenarse del mal en las víctimas mismas que, de este modo, se convierten incluso en nuevos instrumentos de la crueldad de los torturadores. Es una carta desde el « infierno », pero en ella se hace realidad la exclamación del *Salmo*: « Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro... Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra ...”, ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día » (*Sal* 139 [138] 8-12; cf. *Sal* 23[22], 4). Cristo ha descendido al « infierno » y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento—sin dejar de ser sufrimiento— se convierte a pesar de todo en canto de alabanza.

38. La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza. En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un « ser-con » en la soledad, que entonces ya no es soledad. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más

[28] *Breviario Romano*, Oficio de Lectura, 24 noviembre.

importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el « sí » al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor.

39. Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo? En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios –la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*[29], Dios no puede padecer, pero puede compadecer. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder compartir con Él mismo el padecer, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza. Ciertamente, en nuestras penas y pruebas menores siempre necesitamos también nuestras grandes o pequeñas esperanzas: una visita afable, la cura de las heridas internas y externas, la solución positiva de una crisis, etc. También estos tipos de esperanza pueden ser suficientes en las pruebas más o menos pequeñas. Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las cuales tengo que tomar mi decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera, a la posesión, es necesaria la verdadera certeza, la

[29] *Sermones in Cant. Serm. 26,5: PL 183, 906.*

gran esperanza de la que hemos hablado. Por eso necesitamos también testigos, mártires, que se han entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día. Los necesitamos en las pequeñas alternativas de la vida cotidiana, para preferir el bien a la comodidad, sabiendo que precisamente así vivimos realmente la vida. Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos. Los santos pudieron recorrer el gran camino del ser hombre del mismo modo en que Cristo lo recorrió antes de nosotros, porque estaban repletos de la gran esperanza.

40. Quisiera añadir aún una pequeña observación sobre los acontecimientos de cada día que no es del todo insignificante. La idea de poder «ofrecer» las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, eran parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo, aunque hoy tal vez menos practicada. En esta devoción había sin duda cosas exageradas y quizás hasta malsanas, pero conviene preguntarse si acaso no comportaba de algún modo algo esencial que pudiera sernos de ayuda. ¿Qué quiere decir «ofrecer»? Estas personas estaban convencidas de poder incluir sus pequeñas dificultades en el gran com-padecer de Cristo, que así entraban a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres. Quizás debemos preguntarnos realmente si esto no podría volver a ser una perspectiva sensata también para nosotros.

III. El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza

41. La parte central del gran *Credo* de la Iglesia, que trata del misterio de Cristo desde su nacimiento eterno del Padre y el nacimiento temporal de la Virgen María, para seguir con la cruz y la resurrección y llegar hasta su retorno, se concluye con las palabras: « de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos ». Ya desde los primeros tiempos, la perspectiva del Juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios. La fe en Cristo nunca ha mirado sólo hacia atrás ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante, hacia la hora de la justicia que el Señor había preanunciado repetidamente. Este mirar hacia adelante ha dado la importancia que tiene el presente para el cristianismo. En la configuración de los edificios sagrados cristianos, que quería hacer visible la amplitud histórica y cósmica de la fe en Cristo, se hizo habitual representar en el

lado oriental al Señor que vuelve como rey –imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida, una representación que miraba y acompañaba a los fieles justamente en su retorno a lo cotidiano. En el desarrollo de la iconografía, sin embargo, se ha dado después cada vez más relieve al aspecto amenazador y lúgubre del Juicio, que obviamente fascinaba a los artistas más que el esplendor de la esperanza, el cual quedaba con frecuencia excesivamente oculto bajo la amenaza.⁷

42. En la época moderna, la idea del Juicio final se ha desvaído: la fe cristiana se entiende y orienta sobre todo hacia la salvación personal del alma; la reflexión sobre la historia universal, en cambio, está dominada en gran parte por la idea del progreso. Pero el contenido fundamental de la espera del Juicio no es que haya simplemente desaparecido, sino que ahora asume una forma totalmente diferente. El ateísmo de los siglos XIX y XX, por sus raíces y finalidad, es un moralismo, una protesta contra las injusticias del mundo y de la historia universal. Un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno. El Dios que tuviera la responsabilidad de un mundo así no sería un Dios justo y menos aún un Dios bueno. Hay que contestar este Dios precisamente en nombre de la moral. Y puesto que no hay un Dios que crea justicia, parece que ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia. Ahora bien, si ante el sufrimiento de este mundo es comprensible la protesta contra Dios, la pretensión de que la humanidad pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa. Si de esta premisa se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia, no es fruto de la casualidad, sino que se funda en la falsedad intrínseca de esta pretensión. Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo. Así, los grandes pensadores de la escuela de Francfort, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, han criticado tanto el ateísmo como el teísmo. Horkheimer ha excluido radicalmente que pueda encontrarse algún sucedáneo inmanente de Dios, pero rechazando al mismo tiempo también la imagen del Dios bueno y justo. En una radicalización extrema de la prohibición veterotestamentaria de las imágenes, él habla de la « nostalgia del totalmente Otro », que permanece inaccesible: un grito del deseo dirigido a la historia universal. También Adorno se ha ceñido decididamente a esta renuncia a toda imagen y, por tanto, excluye también la « imagen » del Dios que ama. No obstante, siempre ha subrayado también esta dialéctica « negativa » y ha afirmado que la

justicia, una verdadera justicia, requeriría un mundo « en el cual no sólo fuera suprimido el sufrimiento presente, sino también revocado lo que es irrevocablemente pasado »[30]. Pero esto significaría –expresado en símbolos positivos y, por tanto, para él inapropiados– que no puede haber justicia sin resurrección de los muertos. Pero una tal perspectiva comportaría « la resurrección de la carne, algo que es totalmente ajeno al idealismo, al reino del espíritu absoluto »[31].

43. También el cristianismo puede y debe aprender siempre de nuevo de la rigurosa renuncia a toda imagen, que es parte del primer mandamiento de Dios (cf. Ex 20,4). La verdad de la teología negativa fue resaltada por el IV Concilio de Letrán, el cual declaró explícitamente que, por grande que sea la semejanza que aparece entre el Creador y la criatura, siempre es más grande la desemejanza entre ellos[32]. Para el creyente, no obstante, la renuncia a toda imagen no puede llegar hasta el extremo de tener que detenerse, como querrían Horkheimer y Adorno, en el « no » a ambas tesis, el teísmo y el ateísmo. Dios mismo se ha dado una « imagen »: en el Cristo que se ha hecho hombre. En Él, el Crucificado, se lleva al extremo la negación de las falsas imágenes de Dios. Ahora Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne[33]. Existe una justicia[34]. Existe la « revocación » del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero sólo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en

[30] *Negative Dialektik* (1966), Tercera parte, III, 11: *Gesammelte Schriften*, vol. VI, Frankfurt/Main, 1973, 395.

[31] *Ibid.*, Segunda parte, 207.

[32] Cf. *DS*, 806.

[33] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 988-1004.

[34] Cf. *ibid.*, n. 1004.

absoluto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva.

44. La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. *Ef* 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor[35]. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor. Contra este tipo de cielo y de gracia ha protestado con razón, por ejemplo, Dostoëvskij en su novela *Los hermanos Karamazov*. Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada. A este respecto quisiera citar un texto de Platón que expresa un presentimiento del juicio justo, que en gran parte es verdadero y provechoso también para el cristiano. Aunque con imágenes mitológicas, pero que expresan de modo inequívoco la verdad, dice que al final las almas estarán desnudas ante el juez. Ahora ya no cuenta lo que fueron una vez en la historia, sino sólo lo que son de verdad. «Ahora [el juez] tiene quizás ante sí el alma de un rey [...] o algún otro rey o dominador, y no ve nada sano en ella. La encuentra flagelada y llena de cicatrices causadas por el perjurio y la injusticia [...] y todo es tortuoso, lleno de mentira y soberbia, y nada es recto, porque ha crecido sin verdad. Y ve cómo el alma, a causa de la arbitrariedad, el desenfreno, la arrogancia y la desconsideración en el actuar, está cargada de excesos e infamia. Ante semejante espectáculo, la manda enseguida a la cárcel, donde padecerá los castigos merecidos [...]. Pero a veces ve ante sí un alma diferente, una que ha transcurrido una vida piadosa y sincera [...], se complace y la manda a la isla de los bienaventurados »[36]. En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. *Lc* 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma similar, arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella

[35] Cf. *Tractatus super Psalmos*, Ps. 127, 1-3: CSEL 22, 628-630.

[36] *Gorgias* 525a-526c.

misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable. Hemos de notar aquí que, en esta parábola, Jesús no habla del destino definitivo después del Juicio universal, sino que se refiere a una de las concepciones del judaísmo antiguo, es decir, la de una condición intermedia entre muerte y resurrección, un estado en el que falta aún la sentencia última.

45. Esta visión del antiguo judaísmo de la condición intermedia incluye la idea de que las almas no se encuentran simplemente en una especie de recinto provisional, sino que padecen ya un castigo, como demuestra la parábola del rico epulón, o que por el contrario gozan ya de formas provisionales de bienaventuranza. Y, en fin, tampoco falta la idea de que en este estado se puedan dar también purificaciones y curaciones, con las que el alma madura para la comunión con Dios. La Iglesia primitiva ha asumido estas concepciones, de las que después se ha desarrollado paulatinamente en la Iglesia occidental la doctrina del purgatorio. No necesitamos examinar aquí el complicado proceso histórico de este desarrollo; nos preguntamos solamente de qué se trata realmente. La opción de vida del hombre se hace en definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra *infierno*[37]. Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son[38].

46. No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres –eso podemos suponer– queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al

[37] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1033-1037.

[38] Cf. *ibíd.*, nn. 1023-1029.

amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una vez más desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez? Toda la suciedad que ha acumulado en su vida, ¿se hará de repente irrelevante? O, ¿qué otra cosa podría ocurrir? San Pablo, en la *Primera Carta a los Corintios*, nos da una idea del efecto diverso del juicio de Dios sobre el hombre, según sus condiciones. Lo hace con imágenes que quieren expresar de algún modo lo invisible, sin que podamos traducir estas imágenes en conceptos, simplemente porque no podemos asomarnos a lo que hay más allá de la muerte ni tenemos experiencia alguna de ello. Pablo dice sobre la existencia cristiana, ante todo, que ésta está construida sobre un fundamento común: Jesucristo. Éste es un fundamento que resiste. Si hemos permanecido firmes sobre este fundamento y hemos construido sobre él nuestra vida, sabemos que este fundamento no se nos puede quitar ni siquiera en la muerte. Y continúa: « Encima de este cimiento edifican con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno o paja. Lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa, mientras que aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego » (3,12-15). En todo caso, en este texto se muestra con nitidez que la salvación de los hombres puede tener diversas formas; que algunas de las cosas construidas pueden consumirse totalmente; que para salvarse es necesario atravesar el « fuego » en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno.

47. Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, « como a través del fuego ». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello,

totalmente de Dios. Así se entiende también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría. Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la « duración » de éste arder que transforma. El « momento » transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del « paso » a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo[39]. El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación « con temor y temblor » (*Fil* 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro « abogado », *parakletos* (cf. *1 Jn* 2,1).

48. Sobre este punto hay que mencionar aún un aspecto, porque es importante para la praxis de la esperanza cristiana. El judaísmo antiguo piensa también que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia por medio de la oración (cf. por ejemplo *2 Mc* 12,38-45: siglo I a. C.). La respectiva praxis ha sido adoptada por los cristianos con mucha naturalidad y es común tanto en la Iglesia oriental como en la occidental. El Oriente no conoce un sufrimiento purificador y expiatorio de las almas en el « más allá », pero conoce ciertamente diversos grados de bienaventuranza, como también de padecimiento en la condición intermedia. Sin embargo, se puede dar a las almas de los difuntos « consuelo y alivio » por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una

[39] Cf. *ibíd.*, nn. 1030-1032.

experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón? Ahora nos podríamos hacer una pregunta más: si el « purgatorio » es simplemente el ser purificado mediante el fuego en el encuentro con el Señor, Juez y Salvador, ¿cómo puede intervenir una tercera persona, por más que sea cercana a la otra? Cuando planteamos una cuestión similar, deberíamos darnos cuenta que ningún ser humano es una mónada cerrada en sí misma. Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal. Así, mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario convertir el tiempo terrenal en el tiempo de Dios: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal. Nunca es demasiado tarde para tocar el corazón del otro y nunca es inútil. Así se aclara aún más un elemento importante del concepto cristiano de esperanza. Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí[40]. Como cristianos, nunca deberíamos preguntarnos solamente: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho el máximo también por mi salvación personal.

María, estrella de la esperanza

49. Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como « estrella del mar »: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cris-

[40] Cf. *ibíd.*, n. 1032.

to, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1,14)?

50. Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó « el consuelo de Israel » (*Lc* 2,25) y esperaron, como Ana, « la redención de Jerusalén » (*Lc* 2,38). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. *Lc* 1,55). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu « sí », la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho « sí »: « Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra » (*Lc* 1,38). Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. *Lc* 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. *Lc* 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el « signo de contradicción » (cf. *Lc* 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: « Mujer, ahí tienes a tu hijo » (*Jn* 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo

Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: « No temas, María » (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: « Tened valor: Yo he vencido al mundo » (Jn 16,33). « No tiemble vuestro corazón ni se acobarde » (Jn 14,27). « No temas, María ». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: « Su reino no tendrá fin » (Lc 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El « reino » de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este « reino » comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 30 de noviembre, fiesta del Apóstol san Andrés, del año 2007, tercero de mi pontificado.

BENEDICTO XVI

